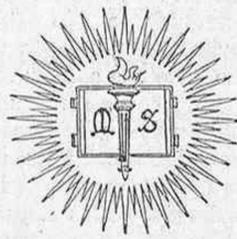


La Ilustración

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.



Artística

AÑO XXIII

← BARCELONA 16 DE MAYO DE 1904 →

NÚM. 1.168

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONTRASTE, dibujo original de Vicente Cutanda

LIBRERIA
MADRID

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *En el viaducto. Cuento*, por M. Turmo. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Andalucía*. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La novela de un viudo* (continuación). — *La tragedia de «Hámlet» de Shakespeare, en el Japón*. — Libros.

Grabados.— *Contraste*, dibujo de Vicente Cutanda. — Dibujo de Pedrero que ilustra el cuento *En el viaducto*. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Andalucía*. Arco de triunfo levantado por el ayuntamiento de Málaga. — Casas Consistoriales de Granada, en donde se alojó S. M. el rey. — Arco levantado por la Cámara de Comercio de Granada. — Arco levantado por el pueblo de Granada. — Arco levantado por el cuerpo de bomberos de Málaga. — *Guerra ruso-japonesa*. Transportes japoneses en la bahía de Chemulpo. — El 14.º regimiento de infantería japonesa acampado enfrente de Pingyang. — *El general japonés Kuroki*. — *El emperador del Japón abriendo el Parlamento en 20 de marzo último*, dibujo de Melton Prior. — *Conferencia interesante*, cuadro de Frank Dadd. — *La gallina ciega*, cuadro de F. Roybet. — *Monumento erigido al general Grant en Brooklyn*. — *Castillos en el aire*, escultura de Reynolds-Stephens. — *Una pantera*, escultura de A. P. Proctor. — La actriz Sada Yacco y los actores Kawakami, Fujilana y Fukui en la tragedia *Hámlet*, de Shakespeare, en el Japón. — *Labores campestres*, cuadro de Rosa Bonheur.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como yo he transportado á la América española todas las ilusiones perdidas en España—y no es flojo capital negativo!,—confieso que me desazono cada vez que veo demostrado que esa América se nos parece extraordinariamente en muchas cosas. Esta semejanza psíquica la había echado de ver en la interesante novela *Nebulosa*, de Carlos María Ocantos: la novela es argentina, argentino el autor; pero todo aquello no se dijera sino que sucede aquí, en nuestras playas, en nuestros balnearios elegantes. Si aquello, como supongo, es la misma verdad, nos reconocemos y nos sentimos tan idénticos á nuestros hermanos de allende los mares, que no merece la pena de cruzarlos para encontrarnos, al punto de desembarcar, en nuestra calle y á la puerta de nuestra casa.

Impresión muy parecida á la que me dejó la lectura de *Nebulosa*, experimento al recibir un elegante y bonito prospecto en cartulina gris *cameieu*, realizada con oro, en cuyo frontispicio gallardo heraldo, tremolando el pendón de la liza y haciendo resonar la trompeta, anuncia á voz en cuello y pregona estrepitosamente los *Juegos Florales* que el 12 de octubre celebrará la Asociación patriótica de Buenos Aires *¡Patria, fides, amor!*

Dentro, la convocatoria y el cartel de temas y premios. Antes de entrar á examinarlo, me apresuro á adelantar una rectificación: estos *Juegos Florales* son más bien obra española que americana: entre los que dirigen la convocatoria se cuentan compatriotas amigos míos, que supongo no llevarán á mal las observaciones que voy á dirigirles.

Sepan, además, que de ningún cartel de *Juegos Florales* he solido yo quedar lo que se dice encantada. No: encantada no: seámos francos. No discuto la institución; venga de Clemencia Isaura, y avancen las sombras de Macías, Guillén de Cavestany y cuantos trovadores en el mundo han sido, y no digo serán, ¡porque... *pa mí* que no serán!, la casta se ha concluido. Admito, corriente, los *Juegos Florales*; pero voy á explicar cómo.

En primer término, recordemos que los *Juegos Florales*, ó mienten á su origen y tradiciones, ó se reducen á justa poética. Los temas útiles (gramaticales, históricos, pedagógicos, bibliográficos, y más aún comerciales, bancarios y sabihondos) les están á los manes de Clemencia Isaura como á un grillo unas botas de montar. O son *Juegos Florales*, de poesía, ó Certamen general de cultura. Yo me inclinaria á preferir este nombre, en casos como el que me dicta lo que voy escribiendo. Admitiendo, pues, que el heraldo gris lo que anuncia es un certamen de cultura, mis observaciones revisten, ó revestirían, otro carácter. Entonces yo me fijaría en dos cosas: si el tiempo concedido es suficiente: si el premio ofrecido compensa el trabajo que se deberá invertir, para hacer algo que algo valga. Y con arreglo á este criterio, que no tengo por elementalmente justo, critico el programa del consabido Certamen.

Mi crítica (no se diga que ando por las ramas) se dirige principalmente á los premios de la Academia de la Historia, Academia de la Lengua, Ateneo de Madrid, Ayuntamiento de Barcelona, Ayuntamiento de Zaragoza..., ya ven que á nadie perdono. En cambio, mis elogios cumplidos al *Centre Catalá* de Buenos Aires, y al Club Español, de Buenos Aires también. Estas dos colectividades, dando prueba de buen sentido, han designado premios en dinero, cantidades respetables. Gracias á Dios que alguien se pone en lo racional.

Siempre cabrá censurar que trabajos de los cuales la mayor parte implican estudio y acopio de noticias, tengan que estar en poder de sus jueces el 31 de agosto de 1904, habiéndose anunciado el Certamen el 21 de marzo del mismo año. Cinco meses, de los cuales habrá que desquitar, para los concurrentes españoles, más de un mes que tarde en llegar aquí la noticia y allá el manuscrito. No cabe mayor instigación á las improvisaciones, que en verso pueden ser muy buenas, pero en prosa son una peste.

Y al apremio del tiempo que vuela, ¿qué ánimos tendrá un escritor á quien se le ofrecen, como recompensa á sus fatigas, alguna medalla, un objeto de arte (¡es tan vago y tan elástico esto del objeto de arte, Dios mío!), un ejemplar de las *Leyendas* de José Zorrilla, ó un ejemplar del *Quijote*? (¡Vaya unas rarezas bibliográficas!)

Se me dirá que tales trabajos se emprenden por la honra y por la gloria. ¡A perro viejo no hay tus tus! ¿Jugamos á engañarnos? De sobra sabemos que ni mucha honra ni mucha gloria suelen reportar los premios de *Juegos Florales*. Generalmente, con excepciones que podrían señalarse en Cataluña, los poetas laureados de los *Juegos* se quedan tan en la sombra como estaban antes de designar reina. Más oscurecidos aún los prosistas. Al otro día de la ceremonia, si te he visto no me acuerdo. Quien afirme lo contrario, pruébelo, por su vida. Ofrezco un termómetro «de arte» á quien en el plazo de un año entero escriba la mejor Memoria sobre las reputaciones literarias basadas en esta clase de lauros florales ó floríficos.

Ni gloria, ni provecho: prisa y pie forzado: competencia, la incertidumbre hasta de tan modesto triunfo. No es tentador, y la calidad de los envíos tendrá que resentirse de la índole de los alicientes.

Por un ejemplar de las *Leyendas* de Zorrilla quiere el Ateneo de Madrid un «Estudio sobre la influencia de Zorrilla en la literatura americana.» Rectifico: no quiere uno: quiere varios, porque uno solo no implica certamen. Con un premio de niño aplicado en la escuela, piensa estimular á un trabajo de crítica el Ateneo de la capital.

Por un ejemplar de la edición de las *Cantigas*, hermosa por cierto, pero ¡qué demonio!, solicita la Academia que se le presente un «Índice de palabras, frases y modismos, propios en (sic) la República Argentina, con los equivalentes en castellano, según el Diccionario de la Academia, y noticias acerca de su origen y formación.» A fe que no se pierde la Academia de la Lengua.

Y la Academia de la Historia, por otro librito, pide un «Estudio histórico del fundador de Buenos Aires,» y acaso que Garay rescite y funde otros pueblos.

Nada: para aprovechados, las corporaciones españolas premiando en *Juegos Florales*.

Si yo fuese americano, hombre nuevo de una raza vieja, salido de un viejo solar, pero orientado á lo joven y fresco de la edad presente, mal año si no rompía con rutinas y amaneramientos, y si no imponía mi espíritu, en vez de recibirlo ya manido del propio Antiguo Continente. Hijo de un país laborioso, engrandecido por el trabajo, mi primer convencimiento sería el de que el trabajo es un valor, y el trabajo intelectual no por intelectual está desvaluado en la balanza. Mi deseo sería dar también á la labor del cerebro su compensación en elementos para la vida, y no se me ocurrirían certámenes donde se remunerara con un libro un manuscrito, si el manuscrito encerrase algo, ideas, belleza, datos, enseñanza. El talento royéndose los codos y echando al puchero aguanoso las hojas de laurel de Clemencia Isaura, me sonaría á la leyenda de país decaído, no de nación fuerte donde se cotiza lo que se admira y donde se concibe la vida intelectual como la más alta expresión de la funcionalidad humana. De mi patria de origen tomaría quizás otras cosas, que algunas tiene buenas; pero nunca eso de la literatura escatimada, pobretona, barata y ocasional. Al anunciar un Certamen de cultura, ofrecería alicientes que resolviesen para el escritor afortunado, para el vencedor, el problema de la subsistencia, siquiera por algún tiempo, siquiera por un año. Me inspiraría en el europeo premio Nöbel, no en los moldes de nuestras justas incruentísimas. Esto hiciera yo, á ser americano.

Estos días se ha presentado en la Secretaría de la Audiencia de mi pueblo una causa formada sobre el hurto de una camelia. Y un periódico regional dice con razón que somos el país más romántico del mundo.

¿Quién duda que una camelia, una rosa, un clavel, pueden representar valor inmenso para un alma, para una vida? El que hurta una camelia, puede también proceder guiado por los móviles más delicados y pu-

ros. Satisfacer un capricho de su *sweet heart*, que dicen en Inglaterra; llevarla la flor que deseó; presentársela victorioso, exclamando: «Por ti nada me parece imposible...;» en suma, el argumento del *Puñao de rosas*, que tanto efecto produce en Apolo á los archirrománticos de la cazuela... Yo, jurado, ¿cómo no había de absolver á ese delincuente?

Somos, es cierto, románticos todavía. He notado que el pueblo envidia y solicita más las flores que el pan. Cruzad las calles de Madrid en coche, comiendo dulces ó picando bombones de un cucurucho, y nadie os pedirá que repartáis; pero llevad en la mano el ramillete, y con verdadero afán, con voz que implora, con ansia de embarazada que se siente presa del antojo, chiquillería, muchachos, hasta hombres barbudos os pedirán «una rosita.»

¡Una rosita! Es decir, una sonrisa, un perfume, un rayo de alegría, un poco de primavera y de sol... No lo necesario, que de eso cabe prescindir; lo superfluo, mucho más importante, mucho más indispensable que lo necesario. Se puede ir por la acera con las botas rotas, el estómago vacío, la camisa de veinte días, el bolsillo vuelto para fuera por inutilidad de llevarlo para dentro; pero con todo eso, es fácil que la sensación de la rosa en la mano, de la rosa arrimada á los ojos, metiendo su aroma por todas las puertas de los sentidos, compense, aunque no sea sino un minuto, lo que la existencia tiene de madrastra. Si un día se hiciesen distribuciones de bonos de flores y otro de bonos de pan, la gente menuda, la mozellonería y golfería de callejones y plazuelas antes se precipitaría á la primera que á la segunda.

La mayor parte de las noticias y sucesos que promueven algaradas en la opinión, me hacen el efecto de caras conocidas. ¡Bah! ¿Y de eso se sorprenden? ¿Es posible que ignorasen?..

Tal me ha sucedido con el drama del loco muerto en el Hospital general de Madrid. Que los loqueros pegan á los locos furiosos, para reducirles, cada paliza que tiembla el misterio, no sé yo cómo les coge de susto á los periódicos ni á nadie. Lo único que ha pasado esta vez, es que se les ha ido un poco la mano, ó que el sujeto tenía escasa resistencia y las costillas blanduchas.

El horror que inspira á las familias enviar á un ser querido á manicomios y hospitales, no reconoce otro origen.

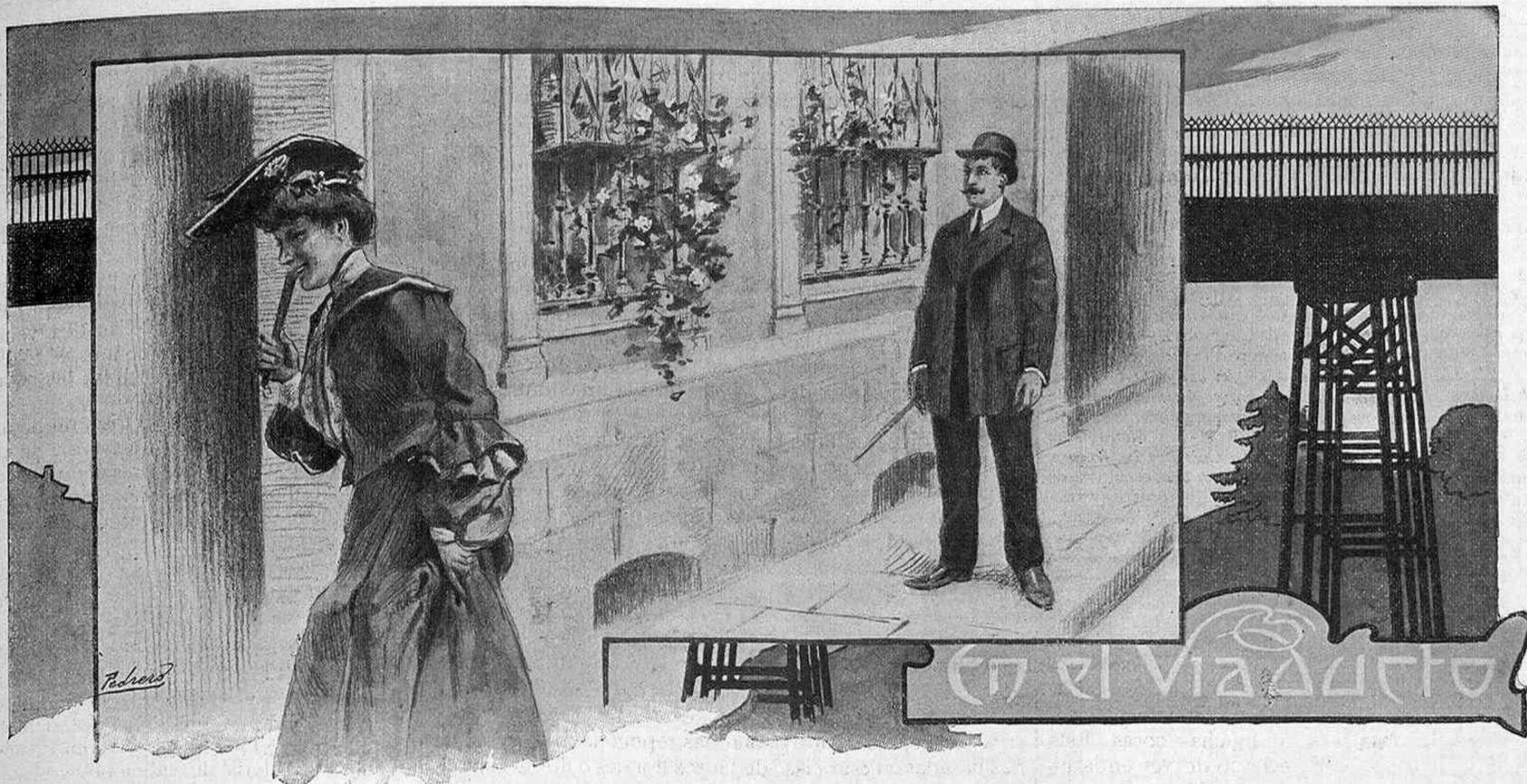
Me apresuro á decir que esto no es acusar á ninguno de los respetables Doctores que dirigen establecimientos de tal índole, ni siquiera formular un cargo concreto contra el personal subalterno: libreme Dios. No sería quizás justo, y por otra parte, pudiera ser buscar pan de trastrigo. Aquí, donde la censura difusa lo llena todo, no hay cosa más peligrosa y desairada que concretar una censura. Quedase el acusador corrido y avergonzado, y los que acusó con alitas y aureola.

Me reduzco á insinuar—y quiera el cielo no sea exceso de audacia—que lo ocurrido con el loco del hospital viene de la tradición, de la costumbre y de la inveterada creencia de que al loco, al delincuente, al niño, á la mujer, al recluta, al amotinado, al infractor de un simple bando de policía, hay derecho á hartarle de coces, palos y puñadas.

Estamos oyendo decir á cada paso que á tal ó cual sujeto se le propinó, en los sótanos de la Delegación H. ó del Gobierno B, una ración de leña que le ardián las espaldas. Los consumidores, según refieren los periódicos, apalean con gentil denuedo. El orden público se restablece á linternazos, á sablazos de plano ó de corte, y en calles y plazas el garrote funciona. El garrote es el arma *pour vivre*, la patada pertenece á la musa cómica. Sin embargo, de un garrotazo se muere, de una patada se aborta, de una mano de coces se hunden las costillas y se detiene el péndulo del corazón...

Por eso la bárbara escena del Hospital general yo la hubiese adivinado, y sin gran derroche de perspicacia. A esta escena habrán precedido otras no menos primitivas y crueles; con la mera diferencia de que ó los tacones no habrán tenido fuerza bastante para magullar y triturar costillajes, ó la lesión habrá pasado inadvertida. El tratar benignamente á los enfermos, á los locos, á los pobres, á los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material... ¡qué signo profundo de cultura! ¿Cómo vamos á suponer esa virtud singularísima en el personal de enfermeros de un hospital español, personal enganchado entre clases no muy provistas de finura en el sentir y de piedad cristiana, y acaso tampoco de ese hidalgo é instintivo arranque de generosidad que impide hacer daño á los infelices?

EMILIA PARDO BAZÁN.



y rabiando de coraje y despecho quedé en la acera

EN EL VIADUCTO

(CUENTO)

I

Aprovechando un momento en que los guardias de Orden Público parecieron olvidarse de impedir que por aquel hermoso viaducto tirase nadie su vida al empedrado de la calle de Segovia, subió Mauricio con presteza los hierros de la baranda, y sueltas las manos, imprimía el postrer impulso á su desmayado cuerpo, cuando se sintió sujeto por el faldón de la levita, atraído con suavidad al suelo y puesto de pie en la acera, vióse frente á frente de un personaje, llegado en tan feliz momento por obra y gracia de milagrosa oportunidad.

Mauricio miró estúpidamente á su salvador. Llevaba éste uniforme de guardia; pero la suavidad de sus modales, la hermosura de su rostro, el perfume exhalado por su cuerpo y cierta aureola luminosa que escapaba de su quepis hacían dudar de que tan apuesto mancebo perteneciese al prosaico instituto de seguridad.

—¿Qué pretendes, desdichado?, preguntó con melódico acento al suicida.

Subyugado Mauricio por la voz y la mirada del desconocido, guardó silencio; pero á la vez sintióse deseoso de expansionarse con aquel personaje aparecido por arte de encantamiento, de contarle el sinnúmero de errores que habíanle puesto en tan triste estado, y que justificaban, ¡ya lo creo que justificaban!, la fatal determinación de acabar allí mismo con su vida.

Leyó el guardia en el pensamiento de Mauricio, y asíéndole de la mano dijo:

—Sígueme.

Y juntos fueron á la solitaria plaza de Oriente, en uno de cuyos bancos se sentaron, cobijados por la sombra de un rey goda.

—Y ahora, cuéntame tu vida, prosiguió el mancebo, las causas de tu desesperación, los motivos que te traen á tan lastimoso estado. Eres joven, inteligente, no mal parecido, y yo, que puedo muchas cosas, tal vez pueda hacerte querer esa vida de que tan despegado te muestras.

—Si así lo queréis, sea, dijo Mauricio.

Y tras breve pausa añadió:

—La historia de mis desdichas puede encerrarse en esta sola frase: «yo soy un hombre que ha debido hacer todo lo contrario de lo que ha hecho.»

—Como tú hay muchos, replicó el guardia; tantos, que á suicidarse todos los que así son, estuviera relleno de cadáveres el foso de la calle de Segovia.

—Pero ninguno ha sufrido tanto como yo, nadie ha sido blanco de tantas asechanzas, víctima de tantos errores...

—Cuenta.

—Hijo único de padres ricos, todos los caprichos de mi niñez viéronse cumplidos apenas esbozados. Jamás maestro alguno consiguió domar la soberbia é indocilidad de mi carácter. Llegado el momento de

elegir carrera, decidióse mi natural vagabundo por la de letrado, y los muchos años de Universidad corrieron tumultuosos entre juegos y amoríos. Terminados mis estudios, no acierto á comprender de qué manera, y dueño, por muerte de mis padres, de una considerable fortuna, entreguéme, para matar el aburrimiento, en brazos de amigos especuladores, que poco á poco fueron arañando en mis arcas hasta casi rascar en el fondo. Hastiado de la vida de soltero, ó de seoso tal vez de nuevas emociones, pensé en la conveniencia de casarme; y tomada tal determinación, díme á buscar, con el mayor ahinco, una mujer que cumpliera á mi propósito. No dejé casa por inquirir, calle por recorrer, teatro por visitar, y nunca daba con el objeto perseguido, porque todas las mujeres me parecían muy altas ó muy bajas, muy delgadas ó muy gruesas, muy fáciles ó muy sosas; sosas, sosas sobre todo; eso de responder con monosílabos, de pintar en el rostro colores de rubor, se me hacia insoportable. Yo buscaba una mujer que avivase mis adormilados sentidos, que sacudiese mis nervios, que...

—¿Y la encontraste?

—La encontré. Iba por la calle pensando que para un hombre aburrido no podía haber mujer alguna en el mundo, y miraba á los balcones más altos con la esperanza de hallarla lejos de este suelo, cuando, poniendo el pie en una de esas zanjias tan frecuentes en las calles de Madrid, di con el cuerpo de bruce en ella. Al levantarme presuroso, oí detrás una carcajada fresca, juvenil, sonora. «Esa mujer se ha reído de mí,» pensé, y sin sacudir la ropa seguí sus pasos. Volvió el rostro, un rostro divino; vióme con el polvo de la zanja, el sombrero aplastado, la cara cómicamente indignada, y rió de nuevo, con más frescura, con más sonoridad que la vez primera. «Señorita,» dije entre colérico y avergonzado, y rióse por tercera vez, y riendo entró en el portal de su casa, y rabiando de coraje y despecho quedé en la acera, pensando que la única mujer bonita que encontré en Madrid se había reído en mis narices y de mis narices. Aquello pedía pronta venganza, y me vengué. A los dos meses de la caída, Lola era mía, era mi mujer.

Al llegar Mauricio á este punto guardó silencio, dando muestras de la mayor desesperación, en tanto que el misterioso guardia sonreía dulce y beatíficamente.

—Continúa. Lola era tu mujer...

—Sí, señor; mi mujer, á la que quiero, mejor dicho, á la que quise con toda mi alma, porque ya todo acabó entre nosotros; mi mujer, á la que perdoné pasados extravió en gracia á lo jovial de su carácter; mi mujer, sí, señor, que se rió de mí al verme por vez primera, y todavía sigue riéndose y... haciendo que se ría de este desgraciado la humanidad entera. Dígame, señor desconocido, si tengo razón al querer acabar con esta vida horrible, y si la tengo todavía más grande al decir que soy un hombre que ha debido hacer todo lo contrario de lo que ha hecho.

—¿De modo que si volvieras á nacer harías todo lo contrario de lo que hiciste hasta ahora?

—Todo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pues bien, mírame.

Levantó Mauricio los ojos, y vió ante sí un ser celestial, resplandeciente de luz, que con melódico acento le dijo:

—Yo soy tu ángel bueno. Tengo, por gracia especial, poder bastante para satisfacer tu deseo. Vas á empezar á vivir (porque oficialmente has muerto estrellado en las losas de la calle de Segovia), aleccionado con la experiencia de la vida que acabaste. Pero no olvides que has de hacer todo lo contrario de lo que hiciste hasta hoy, en la inteligencia de que si faltas al compromiso contraído, en el momento en que tal suceda volverás á verte encaramado en los hierros del Viaducto y sin que haya un guardia providencial que te tire de la levita. ¿Aceptas?

—Acepto, murmuró Mauricio.

Y en aquel instante vióse éste convertido en niño tierno y sonrosado que lloraba á lágrima viva al encontrarse solo y perdido en el laberinto de estatuas de la plaza de Oriente. A sus lloros acudieron los guardias, lleváronlo á la delegación, circularon órdenes, y á las pocas horas hallóse el pequeño en los brazos de una madre cariñosa, que con besos y lágrimas borraba del angelical rostro del niño extraviado las huellas del susto sufrido.

II

Todo Madrid se ocupó en lo mismo. La procacidad del niño Mauricio fué sorprendente; su afán por el estudio, estupendo. Los maestros lo presentaron como modelo, los periódicos lo ofrecieron como prodigio. Pareció imposible que en cerebro tan diminuto cupiera inteligencia tan grande.

Creció el niño, y á tenor de su cuerpo aumentaron sus talentos. Ya no fué sólo en el estudio donde se manifestaron su memoria é inventiva; en el trato con los mayores, en la elección de compañeros, en todo, absolutamente en todo, apareció el ser superior, estupendamente inverosímil.

Muertos sus padres, y dueño de cuantiosa herencia, administróla con tal cuidado, que en sus manos, y haciendo alarde de conocimientos que nadie supo cómo pudo adquirir, vió duplicarse y triplicarse el capital heredado.

La corte entera hacíase lenguas de las virtudes del joven Mauricio, que, al decir de muchos, era el reverso de otro del mismo nombre, y sumamente parecido en lo físico, que algunos años atrás habíase suicidado, dejando como rastro un reguero de escándalos y equivocaciones, y una viuda joven y guapa llamada Lola, famosa antes y ahora por las explosiones de su natural risueño y encantador.

Con tales antecedentes, natural fué que Mauricio viérase disputado por todas las hembras casaderas, sin que ninguna de ellas pudiese alabarse de haber conseguido del joven la más ligerísima muestra de afecto. Su sistemática indiferencia llegó á ser la pesadilla de muchas mujeres, que vieron en Mauricio un ente raro, en el que el amor á la ciencia absorbiera

por completo todos los amores. Y sin embargo no había tal absorción.

Celebrábase en Madrid uno de esos Congresos científicos que tanto gusto suelen dar á fondistas y patronas. Eminencias extranjeras, de apellidos ilegibles é impronunciables, daban mayor realce al espectáculo. El ministro de Fomento ocupó su sitio á compás de una marcha alemana, y contempló con orgullo el concurso femenino que, luciendo espléndidos atavíos, se disponía á soportar resignadamente el chaparrón de discursos anunciado en el programa.

De pronto el ministro agitó la campanilla; de un rincón del estrado adelantóse un orador, á quien la concurrencia saludó con murmullos de simpatía. Era Mauricio, que con un legajo de papeles en la mano y correctamente vestido de etiqueta, se disponía á leer el discurso presentación de las notabilidades nacionales y extranjeras allí congregadas.

A la palabra «¡Señores!» pronunciada con acento varonil, sucedió un siseo imponiendo silencio en los concurrentes. Mauricio empezó la lectura de un discurso elocuente, profundo, dicho con majestuosa lentitud y acogido con visible complacencia. El orador llegaba á la parte culminante de su trabajo meritísimo, su voz adquirió más potencia, su accionado más vivacidad; hablaba de la sublime hermandad de los sabios, de la unión de todos los pueblos en el ideal científico, y en su entusiasmo creciente adelantóse hasta los mismos límites del estrado, pronunció un «¡ah, señores!» admirable, avanzó el pie derecho, quiso posarlo, pisó en el vacío y toda la concurrencia levantóse al ver al eximio orador rodar las escaleras del estrado, cubierta su gran cabeza por los faldones del frac y envuelto en las blancas cuartillas que antes oprimía con sus nerviosas manos.

Extranjeros y nacionales, hombres y mujeres, corrieron á levantar al caído; pero éste, rojo de vergüenza, encaramóse en el estrado y rebuscaba en las revueltas cuartillas el punto en que iba de disertación al ocurrirle el malhadado accidente, cuando, dominando el coro de lamentos y exclamaciones á que diera lugar la extemporánea caída, oyó una carcajada alegre y burlona que sonó en sus oídos con ecos de muy triste recordación.

Dominóse como pudo, dió con el hilo del discurso, continuó éste y continuó también aquella risita mal contenida; y cuando, terminada su difícil peroración y al recibir con modestia los ruidosos plácemes del público, quiso conocer la caja productora de aquella musiquilla impertinente, vió en un rincón de la sala una mujer muy hermosa y algo jamona que, sin quitar sus deliciosos y burlones ojos del eximio sabio, procuraba sofocar otra explosión de risa encerrando en la boca el encaje del pañuelo.

—Yo conozco á esa mujer, díjose Mauricio; conozco á esa mujer que tiene valor bastante para burlarse de mí en tan solemne momento. ¡Y yo que presumía de no haber sido jamás objeto de burla alguna! ¡Mujerzuela indecente, ya verás quién es Mauricio!

Y para que lo fuese viendo, no quitó ojo nuestro sabio del picaresco rostro de la burlona espectadora, olvidando por completo el lugar en que se hallaba, la solemnidad de acto y los raudales de ciencia salidos de los labios de los ilustres congreuistas.

Terminaron por fin los discursos; pronunció las últimas y rituales palabras el ministro presidente, y al salir el primer espectador vió en el dintel de la puerta, estirado y grave, al ilustre Mauricio formando en primera fila en ese público bullicioso y

alegre, prolongación callejera de todo espectáculo religioso ó profano; ese público eternamente dedicado á «verlas salir.» Mauricio esperaba á alguien, y ese alguien debía ser una mujer, que á la vista del



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ANDALUCÍA. — Málaga. Arco de triunfo levantado por el Ayuntamiento en la plaza de la Constitución. (De fotografía de Felipe Giménez Lucena.)

sabio no pudo sofocar una carcajada ruidosa. Verde nuestro hombre, de rabia y vergüenza, siguió los pasos de la desconocida, sintiendo impulsos agresivos cada vez que la taimada, mirando atrás con el rabillo del ojo, dibujaba en la boca una nueva explosión de risa.

Mauricio sintióse hombre por primera vez en la vida. Aceleró el paso, dispuesto á exigir y recabar una explicación.

—Señora, ó señorita, ó lo que seáis...



GRANADA. — Casas Consistoriales, en donde se alojó S. M. el Rey. (De fotografía de los Sres. Señán y González.)

Por toda respuesta, la desconocida penetró en un portal, y en él quedó el malhumorado interperante oyendo la centésima risotada y murmurando para sus adentros: «Me vengaré.»

Decididamente el sabio Mauricio era uno de esos seres destinados á llamar sobre sí la atención pública. Célebre por su ciencia y por sus virtudes, modelo de ciudadanos, espejo de la juventud, hízose más notable todavía con su inesperado matrimonio con la hermosa Lola, la jovial viuda de un homónimo del retumbante novio.

Llegó el día feliz. Un predicador y académico unió para siempre, en las primeras horas de la noche, aquellas dos voluntades. Festejóse el suceso con espléndida cena. Desfilaron discretamente los invitados. «Por fin,» dijeron á dúo Lola y Mauricio.

En aquel momento sintió éste una fuerza sobrenatural que le empujaba hacia fuera. Quiso Lola detenerle, pero fué en vano. El novio, loco, frenético, corría escaleras abajo, con velocidad increíble, no cesando en su vertiginosa carrera hasta que dió de bruces con la fría barandilla del viaducto.

Allí lo esperaba un guardia, rubio, perfumado, luminoso, que con voz resuelta y armoniosa le dijo:

—Te tiras ó te tiro. Acuérdate. Hace muchos años, y en este mismo sitio, te concedí nueva vida á condición de que hicieras en ella todo lo contrario de lo que hiciste hasta entonces...

—Recuerdo, balbuceó Mauricio, y creo haber cumplido la promesa.

—¡Imbécil! ¡Acabas de casarte con tu viuda!

M. TURMO.

(Dibujo de Pedrero.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ANDALUCÍA. — (MÁLAGA. — GRANADA.)

Las mismas aclamaciones, los mismos aplausos que escuchó en su excursión por Cataluña y por las Islas Baleares, han saludado á S. M. en la región andaluza, en donde actualmente se encuentra.

En la mañana del 28 de abril último llegó el rey á Málaga, dirigiéndose á la catedral para asistir al *Tedum* y de allí á la Diputación Provincial, en cuyo salón del trono se verificó una recepción brillantísima. Terminada ésta, presidió la inauguración de las obras de demolición de los edificios militares, cuyo derribo se ha concedido á fin de que pueda ser ensanchado el hermoso parque. Después de almorzar en el *Giralda*, trasladóse al Campo de Tiro Nacional, presenciando los concursos de tiro que en él se celebraron y que fueron uno para clases é individuos de tropa, otro para jefes y oficiales y el tercero para paisanos. Visitó luego la fábrica de azúcar de los Sres. Larios, la destilería de los Sres. Jiménez y Lamothe y la Fundación de Altos Hornos.

Por la noche hubo hermosas iluminaciones, llamando especialmente la atención las del parque, puerto, Ayuntamiento, Aduana, catedral, palacio episcopal, Cámara de Comercio, Círculo Mercantil, Círculo Malagueño y Liceo.

A las siete y media de la mañana del 29 salió S. M. para Granada, adonde llegó á las tres y media. Su primera visita fué á la catedral, yendo luego á la iglesia de la Virgen de las Angustias y de allí á las Casas Consistoriales, en las que se le había dispuesto magnífico alojamiento. Visitó después la fábrica de pólvora del Fargue y por la noche presidió el banquete que se celebró en el Ayuntamiento. También en Granada fueron magníficas las iluminaciones, sobresaliendo las de las Casas Consistoriales, Diputación, catedral, Casino, Círculo Granadino, Liceo, Cámara de Comercio, Sociedad Económica, redacción de *El Defensor* y palacio de Abrantes.

El día 30 visitó el Rey la Alhambra, la abadía y las cuevas del Sacro Monte, las famosas Escuelas del Ave María, fundadas por el ilustre padre Manjón, inauguró las obras del nuevo Instituto, asistió al tiro de pichón y á la corrida de toros. Por la noche hubo banquete de gala.

A las nueve de la mañana siguiente regresó S. M. á Málaga, visitando por la tarde la iglesia de la Virgen de la Victoria y el convento de la Asunción, y asistiendo por la noche al banquete de la Diputación, después del cual zarpó el *Giralda* para Melilla. — S.



GRANADA. - Arco levantado por la Cámara de Comercio



GRANADA. - Arco levantado por el pueblo. (De fotografía de Seán y González.)



MÁLAGA. - ARCO LEVANTADO POR EL CUERPO DE BOMBEROS Á LA ENTRADA DE LA CALLE DEL MARQUÉS DE LARIOS. (De fotografía de Felipe Giménez Lucena.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Se van conociendo algunos detalles del combate de 1.º de mayo: así, por ejemplo, se sabe que las bajas de los rusos fueron 590 muertos, 1.121 heridos y 676 desaparecidos, y las de los japoneses 185 muertos y 715 heridos: entre las bajas de los rusos no figura ninguno de los generales que según el parte del general Kuroki habían resultado heridos.

Acerca de esta batalla afirman informes de origen autorizado que el general Zassulicht la libró contra las órdenes del general Kuropatkin. Dícese que éste le había mandado telegráficamente que dificultara el paso del Yalú por el ejército enemigo, pero que no aceptara un combate después que los japoneses hubiesen pasado el río. Desgraciadamente este telegrama fué interceptado por los japoneses, y el general Zassulicht, por consiguiente, creyó que era su deber resistir con toda la energía posible y oponerse tenazmente á la marcha de avance del cuerpo de ejército del general Kuroki, á pesar de la notoria inferioridad numérica de sus efectivos en hombres y en artillería. En esta lucha de uno contra cinco los regimientos rusos se batieron heroicamente.

El general Kuroki, vencedor en esta batalla que, dígame lo que se quiera, tiene verdadera importancia, cuenta en la actualidad sesenta y un años y goza en el Japón de gran fama por su talento, por su energía y por su valor, rayano en audacia. Nacido en una época en que la población japonesa, no modernizada

nes del cuerpo de ejército que se apoderó de Wei-Hai-Wei.

Hemos expuesto en otras ocasiones lo difícil que es orientarse en medio de las noticias contradictorias

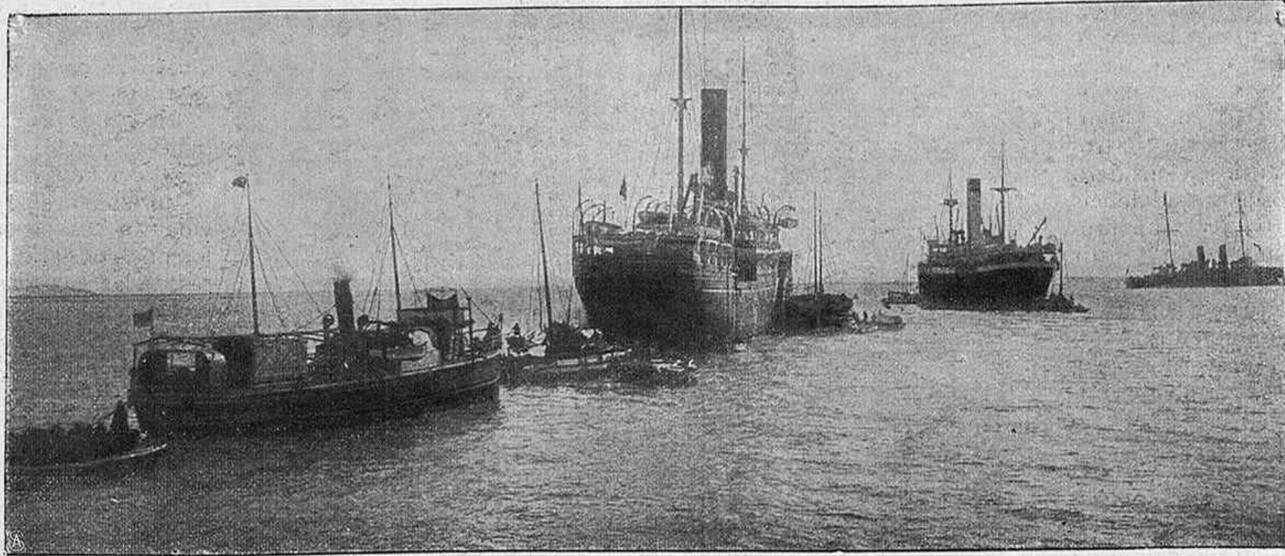
echado á pique ni sufrió grandes averías y que sus pérdidas en hombres no pasaron de 150.

Por otra parte, un reciente telegrama procedente de San Petersburgo decía: «Aunque no se reconozca así oficialmente, créese que la obstrucción del paso de Puerto Arthur es suficiente para impedir la salida de los buques de guerra de gran porte.»

Continuamos, pues, en la misma incertidumbre acerca de un hecho que tiene gran trascendencia en la actual fase de la guerra; pero todo hace creer que el embotellamiento de la escuadra rusa del citado puerto es una realidad.

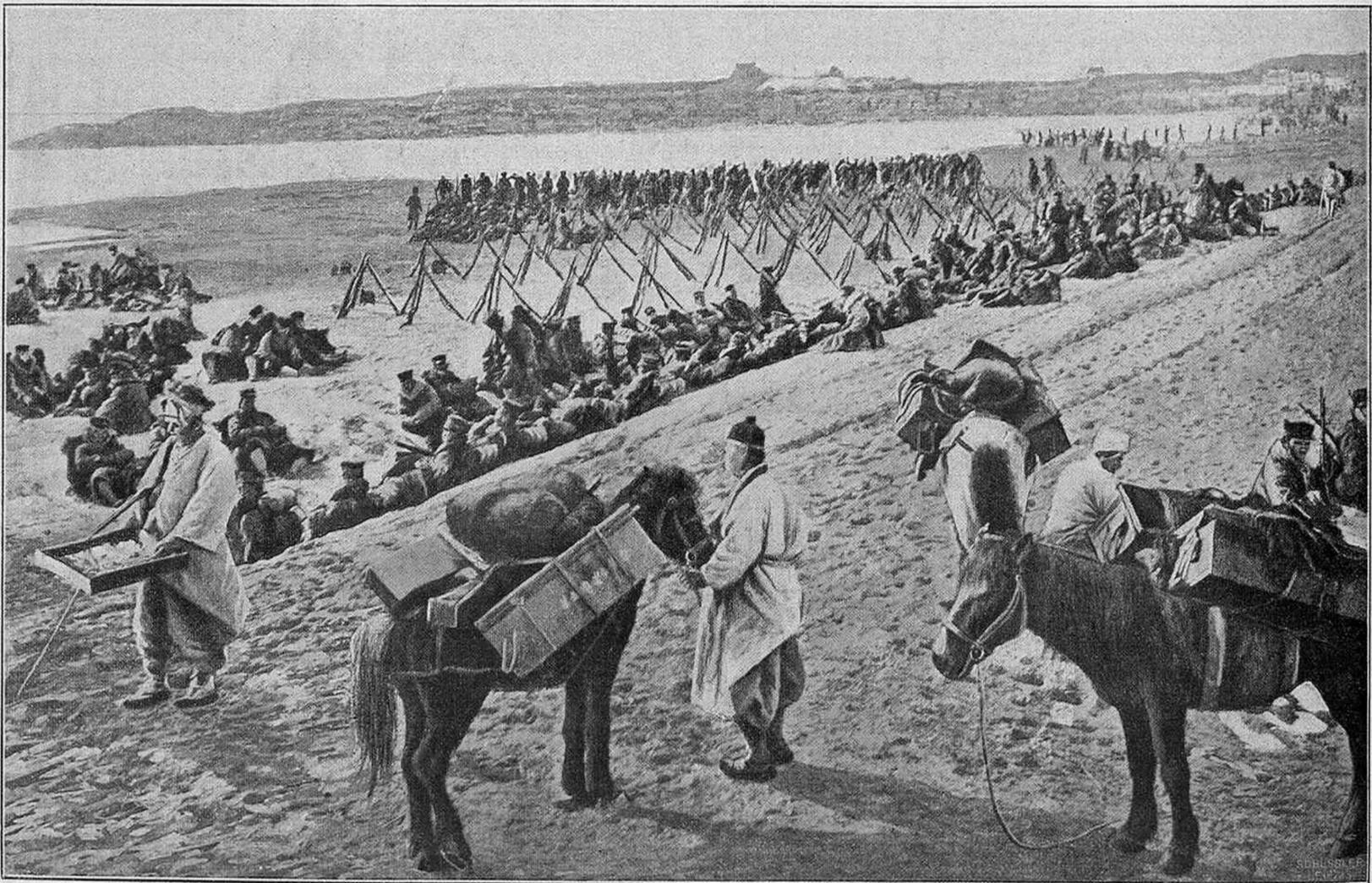
El día 5 desembarcaron numerosas fuerzas japonesas en la pequeña bahía de Pi-Tse-Uo (6 Pitse-

wo), en la costa oriental de la península de Liao-Tung, en cuyo extremo está situada Puerto Arthur. En el mismo sitio desembarcó en 1894, cuando la guerra contra China, una parte del ejército del mariscal Oyama que se apoderó de aquella plaza. Pitsewo se halla á la entrada de un camino que en 30 kilómetros conduce á Po-Lan-Po, estación del ferrocarril de Mukden á Puerto Arthur. Al mismo tiempo decíase que otros contingentes japoneses habían desembarcado en la costa opuesta, en Puerto Adams; pero esta noticia no se ha confirmado. En cambio resulta cierto que la línea férrea ha sido cortada en varios puntos y que han sido destruidas las comunicaciones telegráficas; si bien un telegrama publicado por los periódicos el día en que escribimos esta crónica afirma que el día 9 quedó restablecido el movimiento ferroviario y que se estaba reparando el te-



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Transportes japoneses en la bahía de Chemulpo. (De fotografía.)

y apasionadas que del teatro de la guerra remiten correspondientes de periódicos y agencias de información. En nuestra última crónica dábamos como fracasada la tentativa realizada por los japoneses en la noche del 2 al 3 para cerrar la boca del puerto de Puerto Arthur; es más, posteriormente un parte oficial enviado desde aquella plaza al ministro de Marina ruso por el almirante Gregorovitch decía textualmente: «La última tentativa japonesa del 3 de mayo para obstruir el paso de Puerto Arthur ha fracasado por completo, gracias á la vigilancia de los torpederos de guardia y á la eficacia del fuego de los fuertes. *El paso continúa enteramente libre.*» Y añadía el propio almirante que dos contratorpederos enemigos habían sido echados á pique, lo mismo que los ocho buques brulotes (de 2.000 á 3.000 toneladas cada uno); que un contratorpedero y dos torpederos habían sufrido



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El 14.º regimiento de infantería japonesa acampado enfrente de Pingyang, esperando que se termine la construcción de un puente para pasar el río Yalú (De fotografía.)

todavía, estaba dividida en castas, el hoy general Kuroki, que pertenecía á una familia militar, preparóse desde muy joven para la carrera de las armas, y el papel que desempeñó en los sucesos de 1868 á 1877 le valió avanzar rápidamente. Es general desde 1885, y en 1894, después de haber dirigido la movilización del ejército contra China, mandó una de las divisio-

grandes averías, y que, según afirmaban los tres oficiales y 35 marineros salvados y hechos prisioneros, habían muerto 300 hombres entre marineros y oficiales.

Sin embargo de tan categóricas afirmaciones, el almirante Togo insiste en afirmar que la entrada del puerto está cerrada, que ninguno de sus buques fué

légrafo. También parece cierto que los japoneses se apoderaron el día 8 de Dalny.

De todos estos movimientos se desprende evidentemente el propósito de los japoneses de poner sitio á Puerto Arthur. De ello está convencido el general Stoessel, comandante de la plaza, el cual publicó el 6 una orden del día concebida en los siguientes términos:

«El día 30 de abril y el 1.º de mayo, el enemigo pasó el Yalú con fuerzas considerables. Nuestras tropas se retiraron a las posiciones que previamente habían escogido. Ayer, el enemigo realizó un importante desembarco al Sur de Pi-Tse-Uo. Se avicinan momentos de prueba para nosotros. El enemigo interrumpirá naturalmente el servicio del ferrocarril y se esforzará en rechazar nuestras tropas hasta Puerto Arthur y en sitiar esta plaza, que es el baluarte de Rusia en el Extremo Oriente. Defendámosla hasta la llegada de las tropas que vendrán a libertarnos. Considero como un deber hacerlos observar que debéis estar continuamente alerta, ser muy prudentes y encontraros dispuestos a resistir en todas partes al enemigo de una manera digna del glorioso ejército ruso, y suceda lo que suceda debéis mostraros serenos. Acordaos de que en la guerra todo es posible, y decíos que, con ayuda de Dios, nos encontraremos en estado de cumplir la misión que nos incumbe.»

El día antes había salido de Puerto Arthur el almirante Alexeief en cumplimiento de un ukase imperial que le ordenaba incorporarse al ejército activo; sin que hasta ahora se haya podido explicar satisfactoriamente el motivo determinante de esta orden y de la marcha precipitada de aquél, como no sea por el temor del tsar de que, una vez sitiada la plaza, pueda caer en poder de los japoneses su virrey en el Extremo Oriente. Otra versión de este viaje de Alexeief es que el emperador le ha encargado que abra una información sobre los sucesos del Yalú y sobre los defectos de mando que puedan haberlos ocasionado y le envíe sobre todo ello una memoria detallada.

Otro detalle significativo: afirmase que el almirante Skrydlof, sucesor de Makharof en el mando de la escuadra, no irá a Puerto Arthur, sino a Vladivostok.

Si realmente el ejército japonés pone sitio a Puerto Arthur, y esta plaza, con una guarnición que no excede, según dicen, de 10.000 hombres y con una escuadra inmovilizada, cae en poder del enemigo, el efecto moral que este hecho produzca será tremendo, no

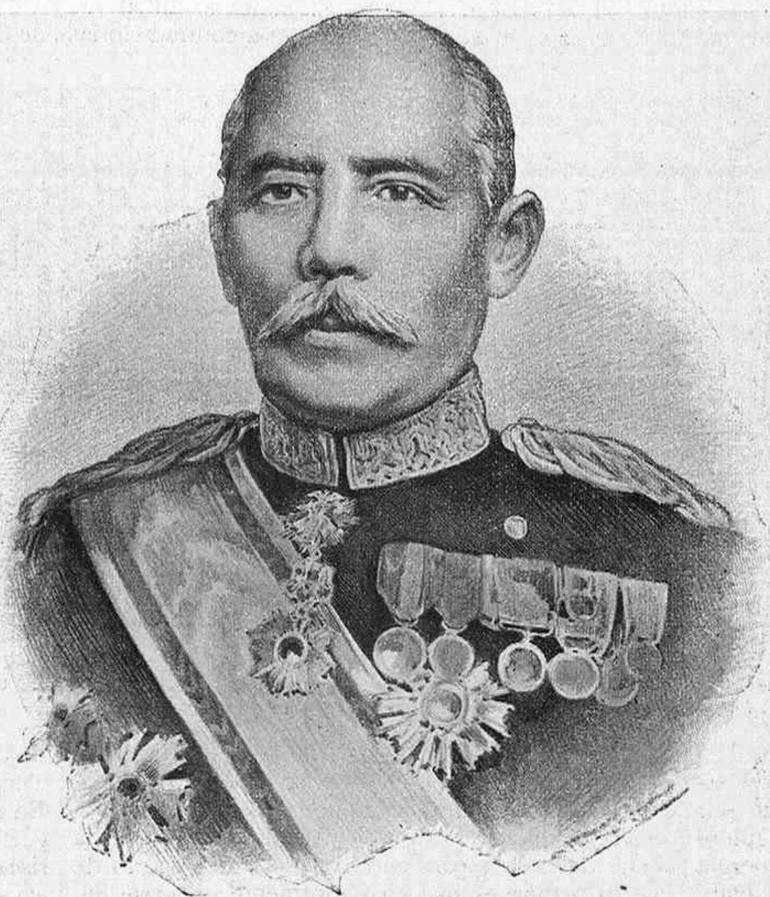
sólo por la importancia que pueda aquella posición tener en sí misma, sino además por el empeño que

no sólo la ha evacuado, sino que, según parece, las fuerzas que la guarnecían quemaron, antes de marcharse, todos los viveres y municiones, lo cual indica que no tuvieron tiempo para poner a salvo estos elementos de lucha. La plaza de Feng-Hoang-Cheng está situada a 60 kilómetros al Norte del Yalú y es una posición estratégica importante, puesto que domina la carretera de Witjiú a Liao-Yang y Mukden.

En la actualidad el almirante Alexeief tiene su cuartel general en Kharbine; el del general Kuropatkine está en Liao-Yang.

En China reina alguna agitación, promovida por los propagandistas que recorren los pueblos dando noticias exageradas ó falsas de las victorias de los japoneses y pintando con los colores más negros las intenciones de los rusos respecto del Celeste Imperio. Las poblaciones comienzan a mostrarse en extremo excitadas contra Rusia, y aun se habla de la posibilidad de un levantamiento popular que obligue al gobierno de Pekín a intervenir en la lucha poniéndose al lado del Japón. Si esto sucede ahora, ¿qué será si los japoneses, como es de creer, llegan hasta la región de Liao-Yang y de Mukden? Por otra parte el general chino Ma, que manda las fuerzas que guarnecen la frontera de Mandchuria, ha pedido al gobierno chino permiso para atacar a los rusos que de continuo violan el territorio neutral situado al Oeste del Liao-Ho; y aunque el ministro de Negocios Extranjeros le ha aconsejado que tenga paciencia, susúrrase que el gobierno ha dado órdenes secretas para que un ejército importante esté dispuesto a marchar hacia el Este, es decir, hacia las provincias limítrofes del teatro de la guerra.

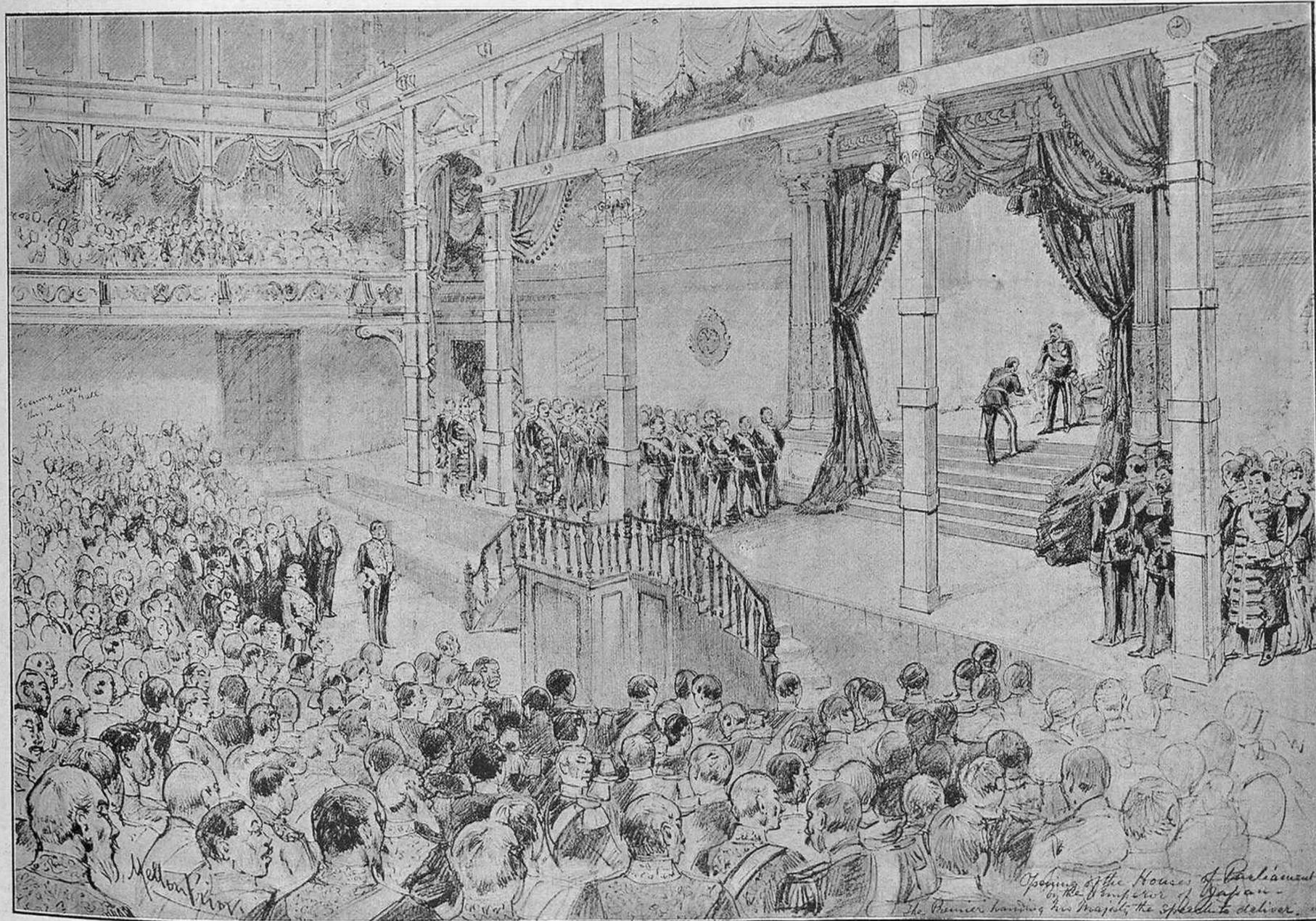
Todos estos rumores son sumamente alarmantes, y aunque el ministro de China en San Petersburgo los ha desmentido afirmando que su país no abandonará su neutralidad, ¿quién puede fiarse de tales seguridades viniendo de una nación astuta por excelencia y de un gobierno que puede el mejor día verse compelido por un movimiento nacional a modificar la actitud en que hasta ahora se ha mantenido?—S.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El general japonés Kuroki, vencedor en la batalla de Kiu-Lien-Cheng. (1.º de mayo.)

han puesto los japoneses en tomarla y los rusos en defenderla.

Los japoneses siguen avanzando en la Mandchuria sin que los rusos opongan gran resistencia: el día 5 abandonaron éstos la ciudad de Feng-Hoang-Cheng, que el día 6 fué tomada por aquéllos. Habíase dicho, sin embargo, que el general Kuropatkine no abandonaría de ningún modo esa posición; y sin embargo,



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El sistema parlamentario japonés. — El emperador del Japón abriendo el Parlamento en 20 de marzo último. — El presidente del Consejo de Ministros entrega á S. M. el mensaje que ha de leer. (Croquis del natural de Melton Prior, dibujante especial de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente.)

LENORI
BIBLIOTECA
MADRID



CONFERENCIA INTERESANTE, cuadro de Frank Dadd



F. Roybet - 1894.

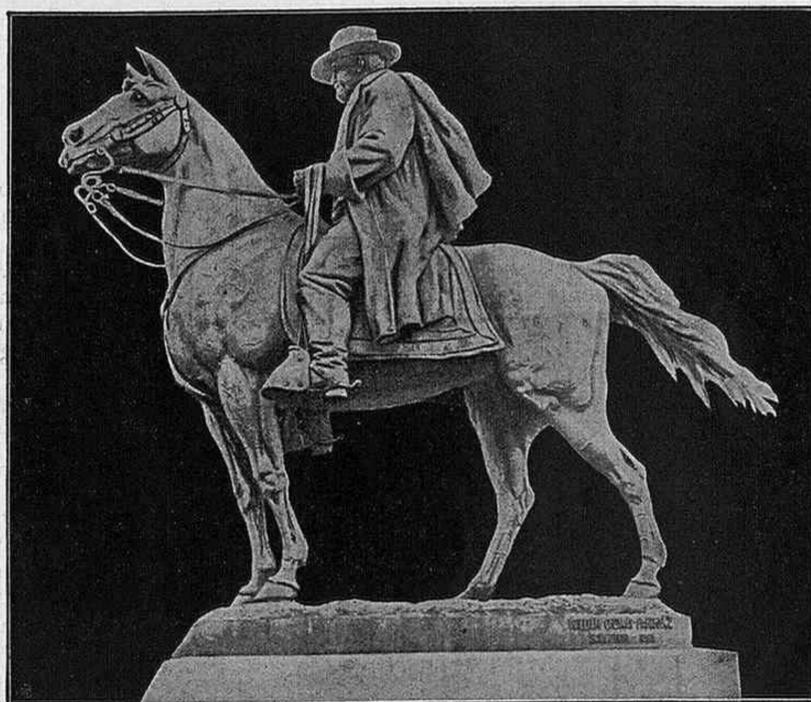
LA GALLINA CIEGA, cuadro de F. Roybet

ATENEU DE MADRID BIBLIOTECA

ATENEU DE MADRID BIBLIOTECA

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido al general Grant en Brooklyn, escultura de W. O. Partridge.— El momento culminante de la vida del general Grant, fué indudablemente aquel en que al frente de los ejércitos federales venció á los secesionistas del Sur. Aquella memorable campaña que constituye una de las páginas más interesantes de la historia de los Estados Unidos, es para el que á raíz de ella fué nombrado Presidente de la República, un timbre de gloria que no pudieron empañar sus posteriores desgracias en el orden económico, ni las ingratitudes del gobierno, que amargaron los últimos días de su existencia. El notable escultor yanqui W. O. Partridge ha tenido el buen acierto de escoger aquel momento para la estatua ecuestre que Brooklyn ha erigido á la memoria del ilustre caudillo: en ella aparece la figura ruda del general admirablemente modelada, lo propio que la del caballo que monta, y formando una y otro un conjunto lleno de naturalidad y de vigor, en el que se adivina la mano de un consumado artista.



MONUMENTO ERIGIDO AL GENERAL GRANT EN BROOKLYN (Estados Unidos)

Castillos en el aire, escultura decorativa de Reynolds-Stephens.— En el número último reprodujimos otra escultura de este mismo autor y dijimos algo de las cualidades notabilísimas que á Reynolds-Stephens adornan. *Castillos en el aire* es digna pareja de aquella, y si hermoso es el grupo que en *El primer hijo* forman los dos jóvenes esposos acariciando á su pequeñuelo, no es menos bella la figura de esta niña que suspende por un momento la lectura del libro de cuentos, para dejar que su imaginación vuele por las regiones de las princesas encantadas, de los príncipes libertadores, de las misteriosas selvas, de los poéticos jardines, de los palacios de oro y pedrería, en una palabra, por el país de las hadas y de los sueños de color de rosa.

Una pantera, escultura de A. P. Proctor.— La plástica de los animales es indudablemente uno de los géneros más difíciles del arte escultórico; y se comprende que así sea porque de ellos es imposible obtener la inmovilidad que en



CASTILLOS EN EL AIRE, escultura decorativa de Reynolds-Stephens

momentos dados necesita el artista lograr del modelo para fijar en el barro ó en el yeso la figura que se propone reproducir. El escultor que á esta especialidad se dedica, ha de trabajar

bajo la inspiración única de impresiones fugaces, de movimientos casualmente sorprendidos, si quiere que su obra respire vida y verdad, pues el modelo muerto, por muy bien preparado que esté, nunca producirá en el artista esa sensación de realidad vívida tan indispensable para que la escultura exprese algo más que un trozo de materia más ó menos correctamente escul-

pido. La pantera de Proctor nada deja que desear desde este punto de vista, ya que sus miembros tienen toda la elasticidad que á esa fiera caracteriza y en su cabeza se reflejan la traidora astucia, el ansia de carne del felino cuando siente aproximarse la codiciada presa.

Contraste, dibujo original de Vicente Cutanda.— Conocidas son de nuestros lectores algunas producciones de este distinguido artista de igual género y tendencia que la reproducida en estas páginas. Los cuadros y tipos de obreros representados en su vida íntima y en la actividad del trabajo á que se dedican, han servido á Vicente Cutanda para alcanzar justificada notoriedad, puesto que ha podido manifestarse como pintor y como concienzudo observador. Los grandes centros industriales de las provincias del Norte le han ofrecido variadísimos temas, cuya finalidad es la dignificación del obrero por medio del trabajo y los tranquilos cuanto seguros goces del hogar y de la familia. A esta clase de composiciones pertenece el interesante dibujo que motiva estos renglones, en el cual el artista presenta el contraste que ofrece el robusto obrero, rodeado de los féreos artefactos y de cuanto revela la violencia de la labor á que se dedica, acariciando á uno de sus pequeñuelos, trocándose sus energías en manantial de ternura.

Conferencia interesante, cuadro de Frank Dadd.— No era necesario que el pintor pusiera el título al pie del cuadro, pues basta contemplar la expresión y la actitud de los tres personajes que en él figuran para comprender la importancia del negocio ó de la empresa que se proponen llevar á cabo: la viveza con que uno de ellos se explica á fin de acabar de rendir el ánimo de su compañero; la atención con que éste le escucha, cual si necesitase vencer un último y ligero escrúpulo para otorgar su asentimiento á lo que aquél le propone, y el interés con que el tercer individuo asiste á este pugilato entre el que quiere convencer y el que desea ser convencido, demuestran que de algo muy grave se trata.

La gallina ciega, cuadro de F. Roybet.— Las obras de este pintor tienen un sello y una técnica que no permiten confundirlas con las de ningún otro artista. Si nuestros lectores recuerdan las varias obras suyas que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado, convendrán con nosotros en que Roybet ha logrado tener una verdadera personalidad, no sólo por lo que al fondo de sus cuadros se refiere, sino además por lo que respecta á la forma: en el fondo, todos ellos presentan un carácter picaresco; en la forma, se admira en todos una ejecución correctísima y minuciosa.

Labores campestres, cuadro de Rosa Bonheur.— El nombre de esta famosa pintora francesa es harto conocido para que sea menester elogiar sus composiciones: la que en la última página del presente número publicamos es una nueva prueba del dominio que la celebrada artista tenía de la técnica y del cariño con que trataba los asuntos de la naturaleza, de su pasión por la poesía que emana de la vida rural en sus varias manifestaciones.

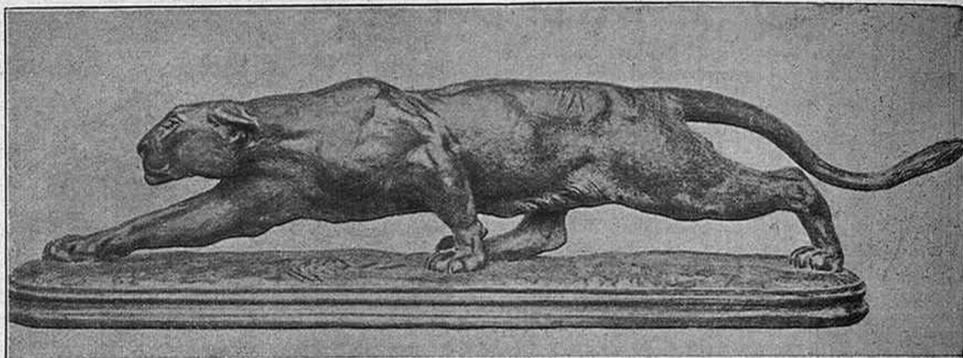
MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. — *Salón París.* — Como verdadero acontecimiento artístico califícase por los inteligentes la exposición de un considerable número de producciones del que fué excelente artista y cumplido caballero D. José Jiménez

Aranda que se ha organizado en el Salón París. Que el calificativo es exacto demuéstranlo las obras y los elogios que sin reservas merecen del público. Allí puede estudiarse y conocerse al pintor. Allí, ante la variedad de los cuadros y dibujos, puede adivinarse la valía de la cuantiosa labor que realizara, destacándose los tipos y cuadros inspirados en los de comienzos de la pasada centuria, que evocan el recuerdo de aquella sociedad típica española, así como las producciones ajustadas á la técnica y al concepto moderno.

Entre la confusa amalgama de asuntos y conceptos, de obras terminadas y simples esbozos, de estudios que representan la intimidad del artista, llaman justamente la atención algunos dibujos que forman parte de la copiosa serie que habla ejecutado y que no pudo terminar y que habían de constituir una nueva, interesantísima y original edición del *Quijote*, puesto que se había propuesto dibujar tantas cuantas producciones le sugiriese la lectura de cada párrafo de la inmortal obra de Cervantes. A nosotros nos cupo la suerte de poder dar á conocer, hace algunos años, algunas de dichas producciones, gracias á la galantería del artista y á la buena amistad que con él nos unia. Con ser tan excelentes sus obras, las posponemos á esta serie de dibujos. En ellos es en donde se manifiesta su valía, y de desear fuera que pudieran conservarse reunidos para enseñanza de todos y como verdadero monumento de su gloria.

Teatros.—BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El primer pleito*, comedia en tres actos arreglada del francés; y en el Eldorado *El abolenzo*, comedia en dos actos de D. Manuel Linares Astray. En el teatro de Novedades ha dado una velada musical el Orfeón Zaragozano, acompañado de la rondalla de guitarras y bandurrias, habiendo ejecutado el primero, bajo la inteligente dirección del maestro Borabia, composiciones de Retana, Saint-Saens, Massenet y Grieg, y la segunda la *Marcha húngara* de Kovalski, una *Reverie* de Borabia y un *potpourri* de aires nacionales. Terminó la velada con la fiesta de la Jota. Todas las piezas fueron muy aplaudidas, habiendo reinado en la velada gran entusiasmo. En la Academia Granados se ha celebrado una notable sesión musical dedicada á Schumann, en la que tomaron parte el notable pianista director de la Academia, la Sra. Vidal, la Srta. Amat, y los Sres. Huguet y Marshall, todos los cuales cosecharon grandes y merecidos aplausos, lo propio que el Sr. Montoliu, que puso fin á la sesión con una notable conferencia sobre la vida y la obra de aquel gran músico. En el local de la Colonia Gerundense dió un concierto la orquesta Joventut Filarmónica, que ejecutó con gran acierto composiciones de Gade, Bach, Cramer, Wagner, Llobera, Schumann, Burges y Rubinstein.



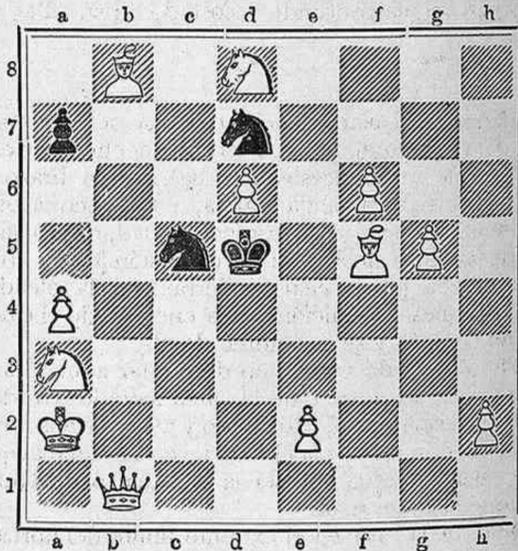
UNA PANTERA, escultura de A. P. Proctor

BOUQUET FARNESE VIOLET 29.ª des l'année.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 365, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 364, POR J. BERGER.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R g7-f8 | 1. T b2xb3 |
| 2. Da2-h2 | 2. Cualquiera. |
| 3. Dh2-h8 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... a4xb3; 2. Da2-a7, etc.
 1..... f5-f4; 2. Rf8-e7, etc.
 1..... Otra jug.; 2. Ce5-d7 jaq., etc.

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.— ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—»Pues es que la naturaleza y el instinto requieren la poligamia. A la salud de usted.

—»A la de usted.

»La lengua del Sr. Albruzzi empezaba á rebelarse contra su dueño, y sin embargo éste continuaba más enfrascado en su argumentación, con un vigor digno de un adversario más elocuente que mi silencio.

»El desdichado filósofo, al llevarse por última vez la copa á los labios, se derramó todo el líquido por la pechera y se recostó, riendo estúpidamente, en el respaldo de la silla.

»Al poco rato roncaba. Yo me separé de él lleno de confusión y sin tener la seguridad de que una parte de aquel lodo no hubiese ensuciado, sin que yo lo advirtiera, mi conciencia y mi corazón.

* *

»Una niebla había ofuscado mi mente. Fui al jardín; la noche estaba bastante avanzada, el silencio era profundo, solamente interrumpido por el leve rumor de las hojas de los árboles agitadas por la brisa; levanté la vista y observé que todavía había luz en las ventanas de la habitación inmediata á las mías. ¿Quién velaba á aquella hora? No podía dudarlo: era Laura.

»Ella estaba allí, á pocos pasos, y pensando tal vez en mí!

»Miré alrededor buscando la escalera que el día anterior había servido al señor Albruzzi para llegar hasta la ventana de mi cuarto. La divisé en un rincón junto á la pared de cerca; la cogí y la apoyé sin vacilar en el antepecho de la ventana iluminada.

»Subí, y cuando estuve á punto de tocar el antepecho, me detuve; sólo en aquel momento advertí lo mucho que sufría. Sin embargo, puse el pie en el último peldaño, apoyé la ardorosa frente en los vidrios y vi...

»¿Era visión de mi delirio? Tenía frío, temblaba... No sé cuánto tiempo permanecí en aquella postura; al fin se apagó la luz, y yo no cesaba de mirar, procurando reconstituir la visión en aquella profunda obscuridad.

»Cuando volví á entrar en la casa, la luz que había sobre la mesa estaba agonizando y Albruzzi seguía roncando recostado en su silla.

* *

»No puede usted tener una idea del insomnio y del desasosiego de aquella terrible noche. Convencíme de que en lo sucesivo me hallaba en brazos del delito; no veía ya salida alguna, ni tampoco la buscaba; mientras pude ocultar mi debilidad, me consideré fuerte; pero ya no lo era: mi confesión había abierto una brecha por la cual se derramaba la oleada de mis pasiones. La traición había encontrado el camino de mi corazón y se enseñoreó de él.

»El alba tardó mucho en despuntar aquel día; anticipéme á ella y salté de la cama agitado; salí de mi cuarto y espí con ojo pavoroso y ávido la obscuridad del corredor; no se oía el más leve ruido; me acerqué á la puerta que supuse ser la del cuarto de Laura y apliqué el oído: nada.

»Salí de la casa: en el extremo límite del horizonte una faja sonrosada anunciaba la próxima salida del sol; el aire fresco de la mañana pasaba por la naturaleza y la susurraba palabras misteriosas. Mil memorias olvidadas se despertaban atropelladamente en mi pensamiento; metíme por un sendero del jardín y eché á correr por huir de ellas; las ramas agitadas me daban en la cara: la naturaleza me abofeteaba.

»Amaneció y entré en la casa: los criados estaban ya levantados y se dedicaban á sus acostumbrados quehaceres; no me atreví á preguntar por el señor Albruzzi y aguardé.

»Por último, alguien abrió la puerta de la sala: era él, el marido.

»Tenía el semblante descompuesto, los ojos que parecían querer saltar de sus órbitas, y una sonrisa estúpida en los labios.

»Llegóse á mí, me dió la mano y gastó una broma sobre su aventura de la pasada noche.

»Yo miraba ávidamente la puerta; pero Laura no parecía; pensaba en cómo podría preparar la ocasión de encontrarme á solas con ella, y aunque no sabía de qué medio me valdría para desembarazarme de Albruzzi, había resuelto hablarla á toda costa.

—»¿Conque está usted resuelto á marcharse hoy?, me preguntó mi huésped.

convencimiento de su indiferencia, que la permitía desempeñar un papel de comedia, mientras á mí me devoraba el anhelo de repetirle la confesión de mi estupidez.

»El despecho y el bochorno pudieron en mí más que el remordimiento; me refugié en el desconsuelo, decidido á no dar un paso para volver á ver á la mujer que tanta amargura había derramado en mi existencia.

»Escribí á Leticia: sentía necesidad de romper la complicidad del silencio, de decirle lo que me quería decir á mí mismo, de recordar mis afectos, de confesar mis deberes, de elevar ante mis ojos la imagen de la traición para horrorizarme de ella.

»Habían transcurrido cinco días cuando recibí carta de Leticia.

»Me escribía pocas y sencillas palabras.

»Helas aquí:

«Tu carta me ha hecho mucho bien: ¡cuántos días la he estado esperando! Hoy tengo la cabeza llena de ideas melancólicas y tú no estás aquí para acariararme. Mamá no ha mejorado desde tu partida; siento que tiene el pulso siempre agitado y la frente siempre ardiente; el médico no dice nada, quizás por temor de afligirme. Esta tenaz inmovilidad de la dolencia me da en qué pensar; á veces abrigo esperanzas, y me complazco en imaginar lo felices que seremos cuando estemos los tres reunidos en nuestro jardinito de Lugnano; pero otras veces tengo miedo... Mamá ha dormido hoy más que de costumbre; no sé, pero me parece que ha dormido demasiado, y ahora mismo sigue durmiendo; ¡si al menos este sopor le hiciese bien! Casi tengo intenciones de despertarla, pero no me atrevo; ¡tiene la cara tan tranquila cuando duerme y la respiración tan suave!..

»Son las tres de la tarde; á las cuatro debe venir el médico; le preguntaré lo que haya de cierto y esperaré á echar esta carta al correo para poder escribirte lo que me diga. Pienso siempre en ti y me parecen los días muy largos, y este es el único modo de que me parezcan más cortos. Quiere siempre á tu Leticia.

»P. D. El médico me ha dicho que la enfermedad de mamá está pasando por una crisis. Es preciso que vengas; esta soledad me hace daño; tengo miedo... Ven pronto.»

»No vacilé un instante en acudir á aquel llamamiento; preparé al punto lo necesario para la marcha, y una hora después estaba dispuesto.

»Al salir de casa levanté la vista distraídamente hacia las ventanas de la casa de Albruzzi y vi á Laura asomada á una de ellas.

»Por rápida que fuese mi mirada, no dejé de ver sus ojos de sirena fijos en mí; la saludé con frialdad, me saludó cortésmente; á pesar de la turbación que me causó aquel encuentro inesperado, proseguí mi camino sin detenerme, hacia el mismo punto, con el mismo paso presuroso, pero ya no con la misma firmeza de propósito en el corazón. A la primera revuelta del camino acorté el paso casi sin notarlo, pensé... Y un cuarto de hora después volvía á entrar como un delincuente en mi casa.

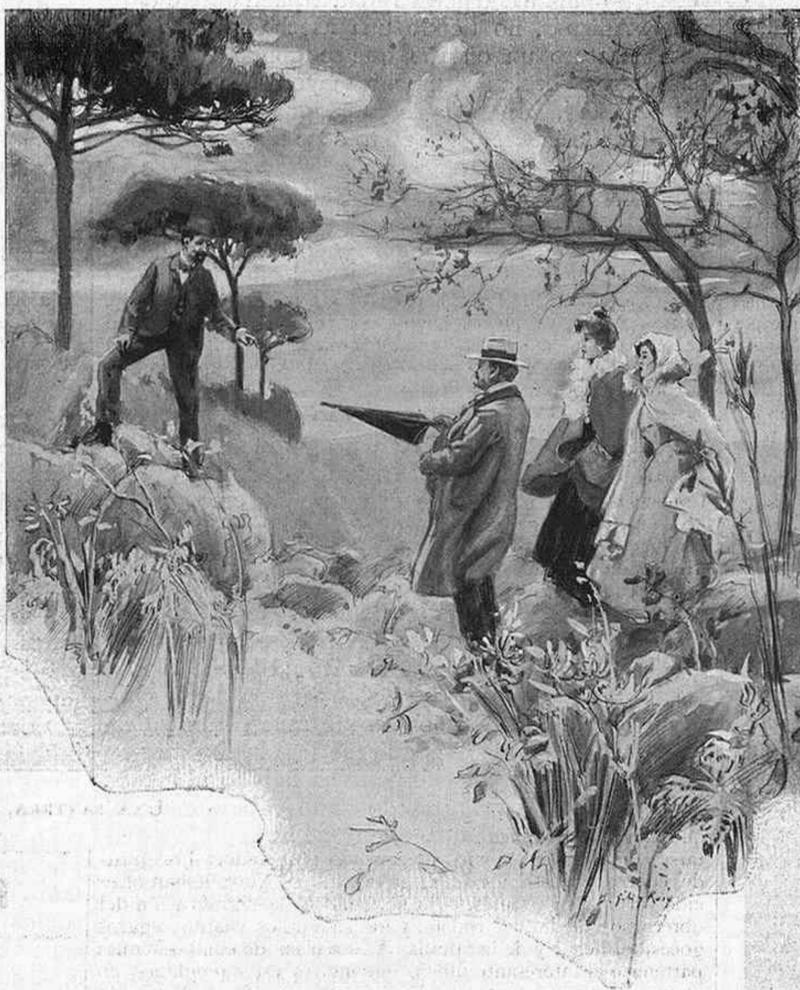
»¡Ah! ¿Por qué no se alzó amenazador el espectro de mi padre cuando llegué de nuevo al umbral de mi pobre morada?

* *

»Aún no sabía lo que quería hacer; sabía que Laura estaba á muy corta distancia de mí y que no me era posible alejarme.

»Pasé dudoso y agitado la mayor parte del día; y al fin, rompiendo bruscamente los últimos nudos de mi conciencia, me lancé fuera de mi habitación y fui á casa de Albruzzi.

»No esperaba mayor fortuna ni más fatal: Laura estaba sola.



¡No subas, no quiero que subas!, gritaba la pobrecilla...

—»Sí.

—»No insisto, la obligación ante todo; le acompañaré á usted hasta Lugnano. ¿A qué hora quiere usted partir? Mandaré disponer el coche, y puesto que hemos de marchar, valdrá más que nos apresuremos para no tomar tanto sol.

»Fuése, dejándome solo; aquel era el instante propicio; pero el tiempo pasaba y Laura no venía.

»Volví á mis habitaciones con la esperanza de encontrarla; pero el corredor estaba desierto; escuché, no se oía rumor alguno; bajé otra vez agitado y tropecé de nuevo con Albruzzi que subía la escalera.

—»Ha de saber usted, me dijo, que mi mujer está indispuesta; ha pasado mala noche y yo no sabía nada; dispénsese usted, voy á ver cómo se encuentra.

»Y me dejó en el rellano de la escalera. Al poco rato volvió.

—»No es cosa de cuidado, me dijo; ya sé lo que tiene; una de las acostumbradas jaquecas de las mujeres; de todos modos, iré á Lugnano con usted. ¡Ah! No debo olvidarme de decir á usted que «mi señora siente mucho no poder saludarle antes de su partida...»; estas cosas se debieran suponer sin necesidad de decir las. El coche está listo: ¿quiere usted que echemos á andar?

»Partimos.

* *

»Yo no podía forjarme ilusiones sobre el proceder de Laura; su fingida indisposición me decía claramente que estaba ó quería parecer ofendida por mi audacia; pero no era esto lo que me afligía, sino el



»Me recibió como de costumbre y no pareció extrañada de mi presencia: ¿caso me había visto regresar á mi casa?

—¿Qué buen viento le trae á usted por aquí?, me dijo con sencillez. Al verle salir de su casa con la maleta, creí que iba usted de viaje.

—No se ha equivocado usted, contesté con melancólica firmeza; estaba á punto de partir.

—¿Y se ha quedado usted?

—Por usted.

»La indiferencia con que ella se escudaba, no la ponía á cubierto de mi audacia inesperada; traslució á su rostro una leve turbación; y se vengó lanzándome una de sus miradas prolongadas, insistentes, fríamente desapiadadas, que me partían el corazón.

»Pero yo no tenía ya nada que temer de mi conciencia; y en mi rostro y en mi actitud se veía la procacidad que nace de la vergüenza.

—¿Por mí!, exclamó Laura con acento intraducible de indiferencia y de satisfacción.

—Sí, por usted. No finja que no me comprende; desista usted de una tortura inútil; demasiado he sufrido...

—¿También por mí?

—Bien lo sabe usted.

—Ve, pues, dijo dejando un tanto su frialdad, veo, pues, pobre Luciano, que lo que usted se atrevió á hacer y lo que he tenido á bien perdonarle, es aún más grave de lo que me figuraba. En este caso hace usted mal en volver á empezar.

»Aquella frialdad, aquel dominio de sí misma, me roían las entrañas; mi mente se sublevaba al imaginar tantas artes de seducción y de halagos olvidadas tras una sensibilidad hipócrita.

—Escuche usted. No quiero desempeñar el papel de un galanteador vulgar; aquí dentro tengo un corazón que sufre y mi pensamiento ha ya tiempo desvaría; tengo una casa, una familia, un afecto santo y honesto que exige mi afecto; tengo un porvenir, una fe; creo en que hay algo más allá de esta vida; por todo esto comprenderá usted que no es solamente el amor, sino también el dolor el que habla por mi boca. Pues bien: mi tranquilidad está en manos de usted, disponga de ella: déme usted el olvido del amor ó devuélvame cuanto me ha arrebatado: con una palabra puede usted hacerlo. Prométame decirla.

—Está usted delirando, contestó Laura oponiendo al fuego de mi lenguaje una dulzura casi cariñosa; está usted loco y no advierte que sus palabras son injuriosas para mí, y que no puedo contestar á usted sin hacerme cómplice de la ofensa que infiere á mi dignidad de mujer y de esposa. Dice usted que su tranquilidad está en mis manos, porque se la he arrebatado... Es usted cruel é injusto; tal vez más adelante lo reconozca usted así.

—¿Más adelante! No, es inútil; yo no puedo estar siempre pendiente sobre el abismo que usted, sólo usted, ha abierto á mis pies: haga usted que me separe de él ó que me despeñe con los ojos cerrados. No renuncie usted á su parte de culpa para hacerla recaer toda sobre mí; esto no sería compasivo ni justo. ¿Qué no ha hecho usted por conquistar mi corazón resistente? ¿Y es posible deponer respecto á usted una dolorosa frialdad sin adorarla? Me pidió usted amistad, pero ¿podía yo darle algo que participando del amor no fuese el amor por completo? Casi la he odiado á usted—no lo ignora,—he dejado de odiarla y la amo. He impuesto silencio á mi conciencia, he sofocado el sentimiento de la virtud; he apartado los ojos de mi miseria para no ver más que el rostro de usted, para no pensar más que en usted, para no soñar más que con usted. Y á pesar de todo, aún siento fuerza en mí para huir de usted, para renunciar por siempre á usted, para aborrecerla otra vez: con una palabra puede usted despertar esta fuerza adormecida; prométame, pues, decirla.

—La diré.

—Sin vacilación, sin temor, sin falacia; clara y francamente como yo hablo, y cuenta que una mentira compasiva no serviría de nada, y cuando yo pudiera leer en su semblante de usted, en su mirada, un mentís á lo afirmado, la compasión de usted sería tan falsa como inútil... Pues bien: diga usted que no me ama, añadí después de una ligera pausa con voz trémula de emoción.

—No le amo á usted.

—Repítalo.

—No le amo á usted.

—¿Júrelo usted.

—Lo juro.

—¿No es verdad!, grité con alegría convulsiva y feroz; no es verdad; usted me ama.

»Laura parecía conmovida: yo proseguí diciendo con desesperación:

—¿Fuera fingimiento! Tenga usted piedad de mí. Si no ha conocido usted el prolongado suplicio que

he procurado disimular hasta hoy, léalo usted ahora en mi cara; míreme, míreme.

—Basta ya, demasiado le he escuchado; mis deberes no me permiten dar oídos á ese lenguaje.

—¿Sus deberes! ¿Por ventura no los tengo también? ¿Y no he pasado por encima de ellos para llegar hasta usted? ¿Sus deberes! No reconozco en usted más que uno: dar-me su amor en cambio de mi sosiego. No me hable usted de virtud: yo sí que la conozco y puedo hablar de ella; yo, que he mirado la traición cara á cara, sin hipocresía. Lo que puede usted y debe hacer por mí es muy poco en comparación de cuanto he hecho por usted, y harto le consta: mida usted con el pensamiento el horror de mi apostasía; para darle mi afecto lo he apartado de un corazón que latía á la par del mío; he lacerado, juntamente con mi tranquilidad y mi porvenir, el porvenir y la tranquilidad de una criatura que me ama; por ser de usted he inmolado todo cuanto me era querido en la tierra; mientras que usted no está ligada sino á un hombre...

—Cuidado, que va usted á cometer una mala acción, dijo Laura interrumpiéndome.

—Lo sé, pero ¿qué me importa? Estoy en mi derecho; no pida usted generosidad á quien quiere darle amor. Además, no tiendo una asechancia, sino que desenmascaro un engaño que se opone á mi felicidad: ¡otros obstáculos mucho mayores he allanado! Sépalo usted, Laura: ese hombre que se jacta de tener derechos sobre usted no merece nada, porque no la ama.

—Lo sé.

—Es incapaz de cariño...

—Basta, dijo Laura gravemente; todo cuanto pueda usted decirme lo sé ya, y con tal de rebajarle se rebaja usted á sí mismo. Por otra parte, si estuviere usted menos ciego, no trataría de lograr el amor de una mujer que le habla de su honradez pretendiendo asustarla con la idea de la venganza...

»Su lenguaje mesurado me ponía fuera de mí; empezaba á leer en la tenebrosa profundidad de su corazón, y temía adivinar su naturaleza.

—Oiga usted, la dije con ímpetu; creo que ha querido usted triunfar de mí y proporcionarse el espectáculo que debía ofrecerla una virtud hecha pedazos; queda ya satisfecha su vanidad de mujer; me ha vencido usted; ahora puede usted prolongar cuanto le plazca su horrible satisfacción; pero arranque usted este velo que ofusca mi razón; dígame que no soy un insensato, que no he sido víctima de una ilusión; que esos ojos que ahora me miran fríos y despiadados son los mismos que me han hecho caer en las redes de su fascinación; que ha habido al menos un instante en la vida, rápido como el pensamiento, fugitivo como el relámpago, en que ha sentido usted algo por mí; dígame que lo que veo, que lo que siento de usted no es un mármol, que tiene usted un corazón que late.

»La desesperación de mi acento se deshizo en un sollozo; por vez primera la hermosa dama me miró con ojos en los que vi brillar un rayo de compasión, pero no dijo nada.

—Contésteme usted, contésteme.

—No puedo, exclamó Laura con voz débil.

»Y se llevó la mano al corazón como para sofocar un impulso irresistible.

»Parecióme como si se abriera el cielo á mi vista; y me arrojé á sus plantas, prorrumpiendo en palabras de gratitud. No dudaba ya de que me amaba.

—No me exija usted más, añadió Laura; no insista usted, déjeme, huya, olvide...

»Y cogiendo el cordón de la campanilla me dijo con frialdad:

—Si se acerca usted, llamo; evite usted un escándalo, y evite á entrambos una vergüenza.

»Su impasibilidad, más bien que su amenaza, me llegó al corazón, dejándome aturdido.

—Ha abusado usted de mi bondad, añadió con voz más suave; pero le perdono; en parte yo me tengo la culpa.

»Y calló aguardando una respuesta.

—Es indispensable que se retire usted, prosiguió. Separémonos como buenos amigos.

»Y se acercó á mí, casi cariñosa, tendiéndome la mano.

»Pero la vergüenza me había dejado sin fuerzas; apenas toqué con la punta de los dedos aquella mano y salí lentamente, sin volver la cara, sin decir una sola palabra.

»Y al entrar en mi casa, al volver á ver mis habitaciones, aquellos sitios conocidos, en otro tiempo poblados de tanta multitud de gozosas imágenes, un grito desesperado salió de mi pecho y se me llenaron los ojos de lágrimas.

»Mi conciencia había encontrado un remordimiento!

XXIII

El ángel bueno y el ángel malo

»Aquella misma noche recibí un telegrama anunciándome que la mamá Ersilia estaba agonizando. La pesadumbre que me causó aquella noticia no dió lugar en mi mente más que á un solo pensamiento: correr al punto á Pavía.

»Estaba muy avanzada la noche y no sabía á quién dirigirme á aquellas horas para obtener un carruaje cualquiera: tomé un partido que no era nuevo en mí: ir á pie hasta Capolago. Empecé en seguida la marcha, solo, con el remordimiento en el corazón, precedido por las desoladas imágenes de mi porvenir, que parecían esbozarse ante mis ojos en las tinieblas. Llegué á Capolago antes de amanecer; cansado, pero sin notarlos; encontré un carruaje, y salí á toda prisa. A las diez de la mañana estaba en Pavía.

»En mi impaciencia por llegar, no me detuve un momento en el camino; al poner el pie en la puerta de la casa me detuvo una especie de desconsuelo indefinible.

»Entré; Leticia, mi pobre Leticia me vió, lanzó un sollozo, y corrió á mi encuentro llorosa; por todos mis miembros corrió un escalofrío; lo comprendí todo; ¡la anciana Ersilia había muerto!

»No dije una palabra, ni derramé una lágrima.

»Tres días después regresábamos á Lugnano, descorazonados, meditados: Leticia buscaba en silencio mis caricias, sin sospechar siquiera cuánto mayor era mi desconsuelo que el suyo y cuán diferente; yo desvariaba dolorosamente tras una imagen halagadora.

»Cuando llegamos á nuestra casita, Leticia rompió su prolongado silencio y vertió copioso llanto; yo la estreché contra mi pecho y me sentí enternecido, y obedeciendo á una necesidad irresistible, mezclé mis lágrimas con las suyas. La pobrecilla no suponía que hubiera otra causa para mi llanto sino la suya, y echándose los brazos al cuello, acercó su boca al oído, y entre un beso y un sollozo, me dijo estas palabras que me hicieron patente todo el inconcebible horror de mi falsía:

—Tú eres bueno, ¡tú también querías mucho á mi pobre mamá!

»Aquel día transcurrió en una soledad poblada únicamente de nuestras fantasías.

»Leticia me hablaba de su infancia, de nuestra infancia, y traía á la memoria los recuerdos más lejanos que tenían relación con su difunta madre.

—Y ahora, ya se acabó todo eso, me dijo por último con voz débil; el pasado ha muerto para siempre, sepultado con ella; yo estoy sola en la tierra; tú también estás solo; todo cuanto resta de nosotros somos nosotros mismos; lo demás está allí, bajo tierra... ¡Luciano mío! ¿Qué sería de nosotros si no nos amásemos, si nosotros..., si tú cesaras de amarme?

»Ante esta idea, que por vez primera cruzaba por su mente; al eco de sus palabras, que le revelaba todo el horror de semejante recelo, se puso pálida, tembló y me miró con fijeza como asustada por un temor involuntario.

»Yo me levanté acongojado, la tomé una mano y la puse sobre mi agitado corazón sin hablar. La pobrecilla se ruborizó, y ocultó la faz en mi seno, diciendo con la confianza de una fe indestructible:

—¡Oh sí! ¡Tú me amarás, y yo te amaré siempre!

* *

»Aquel era el momento de sacudirme con todas mis fuerzas y de desprenderme de una vez, sólo con un enérgico impulso de mi voluntad, de las ligaduras del delito; aquel era el momento de huir á un lugar solitario para ocultar mi vergüenza, educar de nuevo mi corazón en la virtud y aguardar los generosos frutos del arrepentimiento.

»Mas para ello era menester buscar un pretexto, responder á las preguntas de Leticia, justificar con un designio plausible mi repentina determinación; desconfiado, inerte, me atemorice ante los obstáculos, y el propósito murió al nacer, dejando en mi corazón en las últimas cenizas de la postrera chispa generosa.

»Permanecer todavía en Lugnano era, no ya aceptar la lucha, sino aceptar la culpa; era entregarse por completo al frenesí del deseo, era inmolarse mi corazón y mi albedrío á un amor punible. Yo estaba persuadido de ello, y sin embargo no huí.

»Involuntariamente acudía á mi cerebro la imagen de Laura; soñaba en ella con los ojos abiertos, sin procurar desechar con horror aquella idea, sin experimentar siquiera esa sensación misteriosa de pudor

alimentada por la conciencia del hombre que se res-
peta. A mí, vencido en la lucha, el recuerdo me daba
una nueva naturaleza; el altar, que por mucho tiem-
po erigí en mi corazón á la virtud, se había derrum-
bado enteramente, y empezaba á comprender ese
falso culto que todo hombre corrompido dedica á sí
propio: el cinismo.

»Quise volver á Laura, pero Leticia se me antici-
pó: ¡hacia tanto tiempo que no había visto á su bue-
na amiga!

»Propuse á Leticia que fuésemos á ver á nuestros
vecinos al campo, sin rubor y sin turbación aparente.

»Leticia accedió gozosa y determinamos ir á la
quinta Albruzzi.

»Las fiestas que Laura hizo á su pequeña amiga
son indecibles; en el egoísmo de la alegría que pare-
cía transpirar por toda su persona, hasta se olvidó de
mí, y sólo tuvo una tardía sonrisa para darme las gra-
cias por el obsequio que la había hecho.

»Durante el primer día que pasamos en la quinta,
las dos amigas no se separaron un momento; corrían
juntas por los prados, se perdían juntas por las ala-
medas... ¡tenían tantas cosas que decirse!

»La indiferencia de Laura después de lo que había
pasado entre nosotros me parecía una ingratitud; yo
le había mostrado todo el horrible desconsuelo de
mi corazón, y al menos debía haberse compadecido
de mí.

»Seguí á las dos amigas obstinadamente como si
fuera su sombra, pero el Sr. Albruzzi se pegaba á mí
con no menor obstinación; todo el día estuve luchan-
do por sacudir aquel yugo importuno sin conseguirlo
hasta que llegó la hora de comer.

»Laura parecía haberlo olvidado todo; mientras
estuvimos sentados á la mesa uno junto á otro, no
tuvo para mí una sonrisa, una mirada, en la que yo
podiera leer el más leve indicio de complicidad.

»Aquel proceder me desesperaba: por la noche
espí la ocasión de encontrarme solo con ella un
momento para obligarla á explicarse; más parecía
adivinar mi designio y procuraba rehuir toda con-
versación.

»No me pasó inadvertido este artificio; supuse que
temía encontrarse á solas conmigo, y esto me hizo
más osado. No tardó la ocasión en presentarse; me
estábamos en el jardín sentados alrededor de una
mesita de mármol, cuando el Sr. Albruzzi entró en
la casa para dar algunas órdenes.

—»Siento frío, dije: Leticia, ¿no tienes algún man-
tón en la maleta?

—»Sí, voy á buscarlo.

—»¡Ah pícaro!, dijo Laura; molestar á Leticia
cuando podía ir usted.

—»Es verdad, contesté.

—»No lo es; replicó mi esposa: Laura no tiene
razón.

»Y nos dejó solos.

—»Me hace usted sufrir mucho, le dije á Laura
con voz sorda.

—»Y yo me avergüenzo por usted, contestó con
acritud; lo que acaba usted de hacer con Leticia es
odioso.

—»Ufánese usted porque es obra suya; no me ha
dirigido usted una mirada en todo el día; ¿acaso no
ve usted mi corazón?

—»Lo que veo son mis deberes de mujer y de es-
posa, dijo con voz más suave, y también veo los de
usted. Leticia...

—»No la nombre usted, no la nombre, repliqué
interrumpiéndola; no tiene usted derecho para tortu-
rarme así. Demasiado sé lo que pisoteo para llegar
hasta usted...

—»Silencio, ella vuelve.

»No se había atrevido á decir Leticia, y mi cora-
zón se regocijó como de un triunfo.

—»Necesito hablar con usted, le dije rápidamente;
¿dónde podrá verla á solas?

»En lugar de contestarme se levantó, y adelantán-
dose hacia Leticia le dijo en tono de broma:

—»¿Sabes que has echado á perder á tu marido?

—»¿De veras?

—»Sí; adivina lo que ha hecho.

—»¿Qué?

—»Me ha dirigido un cumplimiento y me ha ame-
nazado con otro.

—»¿Y tú qué has hecho?

—»Imponerle silencio al primero: ¿no es verdad,
Luciano?

—»Es muy cierto.

»Reí para sofocar un gemido.

»Si, mi conducta era odiosa; pero ¿con qué dere-
cho me censuraba Laura por ella? ¿Crea poder con-
seguir de mí lo que no había podido mi conciencia?

Toda la noche estuve pensando en ello; pero en vez
de sentir á aquella idea el acicate del remordimiento,
sentí mayor necesidad de cerrar la boca á la censura
con la complicidad.

»La acusación en labios de Laura era un castigo,
y yo conocía que todo podía ser posible aún, menos
un arrepentimiento aconsejado por aquella mujer.
¿Cómo no lo comprendía ella así como yo?

»A la mañana siguiente se mostró más cortés con-
migo y yo más frío con ella.

»Así pasó la mayor parte de la mañana; al medio-
día, mientras yo paseaba por una calle de árboles,
sentí pasos detrás de mí, pero no volví la cabeza.

—»Luciano...

»Era Laura.

»Latióme el corazón agitado y al instante lo olvi-
dé todo. Volvíme y me acerqué á ella con la gratitud
retratada en el semblante.

»Atajó las palabras que iban á escapárseme dán-
dome el brazo y mandándome callar.

»Luego añadió con acento grave:

—»Ayer le ofendí á usted: ¿me perdona?

»Quise decirle que...

—»¿Me perdona usted?, repitió.

—»Sí; la perdono.

—»Está bien, y ahora hágame usted un ramillete;
ponga usted en él lirios..., allá, al pie de aquellos
árboles los encontrará.

»Y echó á correr sin darme siquiera tiempo para
decirle una palabra.

»El yugo de aquella pasión estaba ya inexorable-
mente atado á mi destino; fui á coger lirios é hice
con ellos un ramillete con la dócil obediencia del
que ha renunciado á su voluntad; bramaban en mi
corazón mil tempestades, levantaban mi pecho mil
ímpetus; pero eran tempestades de corazón cobarde,
eran ímpetus de esclavo, que hacían resonar mis ca-
denas.

»Me encaminé poco á poco hacia la casa; Laura
acudía á mi encuentro y Leticia detrás de ella; mi
primer movimiento fué esconder el ramo.

—»¿Lo trae usted?, me preguntó Laura desde
lejos.

—»Sí, lo traigo, respondí vacilando.

»Y enseñé las flores.

—»¡Qué hermosos lirios!, exclamó Leticia acer-
cándose.

—»¿No ha cogido usted también para su mujer?,
preguntó la hermosa dama con mal disimulada com-
placencia. ¡Ah, qué mal marido! Todos son así, mi
pequeña Leticia; estos benditos maridos son todos así.

—»Mi Luciano no es como los demás, dijo Leticia
sin enojo; además, á mí no me gustan las galanterías;
prefiero sus caricias á sus flores.

»Y así diciendo, me echó los brazos al cuello, se
empinó un poco, me hizo inclinar con leve violencia,
me dió un beso sonoro y echó á correr palmoteando.

—»¿Adónde vas?, le gritó Laura.

—»A coger lirios, contestó mi esposa sin volver
la cabeza.

»Una insistente mirada de la hermosa dama no
tuvo poder suficiente para sacarme de mi atonía; me
llevé la mano á la cabeza y me alejé, procurando en
vano sofocar los sollozos.

»Pero á los pocos pasos me paré y me volví: una
sombra blanca pasaba entre las plantas bajándose y
levantándose á cada momento, y Laura, que se había
quedado sola, se acercaba despacio á aquel sitio.

»Aquella fué la señal de un nuevo tormento. Lau-
ra no tenía corazón, pero gozaba con su triunfo; y
para que su satisfacción de mujer fuese completa, era
preciso que apareciese enteramente todo mi es-
carnio.

»Todo el tiempo que pasamos en la quinta, Laura
no perdió ocasión de cerciorarse de su poder sobre
mí y de medirlo con el poder de que me había arran-
cado. Leticia, su pequeña amiga, fué la piedra de to-
que de sus gracias, y yo me acomodaba á la prueba
de mis ligaduras con la pusilánime docilidad de un
prisionero.

»Ya eran insignificantes competencias ávidamente
buscadas y seguidas de leves triunfos, ya preferencias
obtenidas y pagadas con una sonrisa, y todo esto
mezclado con una cordialidad afectada, con una fran-
queza hipócrita.

»Leticia no lo advertía, ni reparaba en ello. Su
confiada lealtad aguzaba mis remordimientos, pero
la servía de antemural contra la injuria.

»Uno de los muchos episodios baladíes que han
impreso en mi mente el recuerdo, de por sí indele-
ble, de los días pasados en la quinta de Albruzzi, le
dirá á usted cuál era el estado de mi alma.

»Habíamos salido á pasear las dos mujeres, Albruz-

zi y yo, y bajamos la cuesta que iba á parar al valle;
había hecho un día magnífico, y á la puesta del sol
soplaba una leve brisa.

—»No quisiera estar en el lago, dijo Albruzzi.

—»¿Por qué?

—»Suba usted esa cuesta y lo sabrá. Demasiado
lo conozco: está soplando el Porlezza; suba usted un
poco y verá que lo que aquí parece brisa es allá ven-
daval.

—»Leticia, dijo Laura con vivacidad, ponte un
pañuelo á la cabeza y subamos á esa eminencia.

»Y ambas echaron á correr; los alegres ecos de su
risa llegaban á nosotros entrecortados por el cansan-
cio y el viento, y veíamos sus blancos pañuelos on-
dear á impulsos del viento sobre sus cabezas.

»También subimos nosotros despacio la empinada
cuesta, y cuando estuvimos cerca de ellas, Laura des-
pidió un leve grito... El viento le había arrebatado el
pañuelo de la mano y se lo llevaba de riesgo en riesgo.
Albruzzi y yo corríamos en vano detrás del fugitivo,
que se detenía un momento y volvía á volar burlán-
dose de nuestro afán, hasta que por último un soplo
más impetuoso lo llevó á la cumbre de un montón
de pedruscos puesto á la entrada de una cueva. Vol-
ví la cabeza: Laura y Leticia nos seguían riendo.

—»¿Qué hacemos?, preguntó Albruzzi.

—»Ir adelante, contestó Laura; no debe dejarse
una galantería á medio hacer.

»Leticia cesó de reír y preguntó con se-
riedad:

—»¿Hay peligro?

—»¡Válgame Dios! ¡Si nos oyesen los abuelos de
nuestros abuelos!, exclamó Laura.

Y al decir esto, la hermosa dama me asaeteaba
con una mirada de fuego.

»Miré hacia arriba: el pañuelo no se movía ya y
parecía desafiarnos con la inmovilidad: Albruzzi mi-
raba alternativamente el pañuelo y su calzado; que-
riendo dar á entender que el único temor que le con-
tenía para subir era el de comprometer el brillo de
aquella parte de su vestimenta. Yo sentía las miradas
de Leticia y de Laura fijas en mí.

»Mi esposa tenía razón; la empresa no estaba exen-
ta de peligro. Figúrese usted un montón de escom-
bros sostenido por pedruscos que tenía cinco ó seis
metros de altura, presentando por todas partes una
pendiente rígida y resbaladiza; era preciso encara-
marse á la cima de aquella deleznable altura. A pe-
sar de esto, no vacilé y me lancé á intentarlo.

»Oí detrás de mí un grito y la voz lastimera de
Leticia que me llamaba.

—»¡No subas, no quiero que subas!, gritaba la
pobrecilla mientras Laura se reía de su temor.

»Fingí no oír y subí; hube de trepar á cuatro pies
para ofrecer con todo el cuerpo un asidero suficiente
á sujetarme; á cada movimiento sentía bajo pies y
manos que se abrían hoyos y que los escombros ro-
daban con ruido sordo. El polvo que levantaba me
obligaba á cerrar los ojos y hacía más difícil mi fati-
ga; á veces, durante los esfuerzos de la subida, el
terreno cedía de pronto y me arrastraba consigo ha-
ciéndome perder en un instante lo que había ganado
á costa de tanto trabajo: entonces oía un grito y me
detenía jadeante; y la voz de Leticia seguía rogán-
dome que bajara; pero yo empezaba otra vez á encara-
marme y reinaba de nuevo un profundo silencio.

»Todo el peligro consistía en ciertas piedras que
amenazaban desprenderse sobre mi cabeza y derri-
barme. Después de un largo cuarto de hora de es-
fuerzos, llegué finalmente al vértice del altozano, y al
empuje que dí para vencer el último obstáculo, se
abrió una ancha grieta detrás de mí y gran número
de aquellas piedras rodaron hasta abajo; pero yo te-
nía ya el pañuelo de Laura.

La bajada era fácil; me dejé ir por una pendiente
libre de piedras y en un momento llegué adonde es-
taban mis compañeros.

»Leticia, al verme bañado de sudor y lleno de
polvo, corrió á mí y me estrechó entre sus brazos;
aún me parece estar viendo su rostro lacrimoso. Tan
compasiva ternura me llegó al corazón; ¿de qué modo
pagaba yo tanto cariño? Me quitó el pañuelo que lle-
vaba en la mano y se lo entregó á su amiga sin decir
una palabra; en seguida se acercó otra vez á mí y se
cogió de mi brazo.

»Regresamos silenciosos: nuestra alegría se había
extinguido; iba obscureciendo y el viento azotaba con
más fuerza los árboles de la colina.

»Al llegar á casa, Laura se acercó á Leticia en ac-
titud cariñosa; pero la pobrecilla no supo ó no quiso
disimular su rencor, y recibió con frialdad aquellas
caricias.

»Las dejé solas para que se reconciasen; mas al
alejarme oí á Laura que decía con cierto mal humor:

—»Pero ¿yo qué te he hecho?

(Continuará)



La tragedia «Hámlet,» de Shakespeare, en el Japón

El Oriente y el Occidente se dan las manos. No bastaba que la compañía de Sada Yacco, la Duse japonesa, la actriz tan celebrada aun por los públicos europeos, hubiese representado hace algún tiempo el *Otello*, de Shakespeare, sino que recientemente se ha estrenado en el teatro Meijiza de Tokio la tragedia del mismo gran dramaturgo *Hámlet*.

Sada Yacco y su esposo Otogiro Kawakami dieron á conocer en varios teatros de Europa, hace poco tiempo, el arte dramático japonés; ahora, de regreso en el Japón, muestran á sus compatriotas las impresiones que el arte del teatro europeo produjo en ellos.

Sada Yacco, de esbelta y flexible figura, de agradable rostro ovalado y de abundante y negrísima cabellera, apareció ante nuestros ojos como la personificación más graciosa y encantadora del tipo de mujer japonesa. Esa lindísima geisha parecía una hermosa flor de loto cuando representaba el papel de Katsuraghi en el drama *La geisha y el caballero*, de final tan trágico; semejaba una figurita hechicera, delicada; y sin embargo, ¡cómo nos cautivaba esa muñequita en el baile y en la pantomima! ¡de qué modo tan maravilloso recorría con el canto y con la palabra toda la escala de las pasiones! ¡cuán bella era la muerte de aquella Katsuraghi en medio del prodigioso realismo con que fingía los últimos espasmos de la vida!

En otra obra representaba el papel de una muñeca de madera (el mismo tema de la bella Galatea): un escultor ha tallado en madera una hermosa figura de mujer que de pronto comienza á cobrar vida. Nada más admirable que el estilo con que Sada Yacco

desempeñó este papel, la frescura que imprimió á su pantomima, y la gracia y la delicadeza con que supo expresar esos matices, esos encantos íntimos del color y de la línea que explican la influencia que el arte japonés ha ejercido sobre el nuestro. Y luego cantó con voz melodiosa y conmovedora, dulce como la de



El actor M. Fukui en el papel de Polonio

un pájaro, canciones que todos entendimos y á todos nos emocionaron profundamente.

Sada Yacco posee, pues, artística é individualmente todas las cualidades que se requieren para interpretar el personaje de Ofelia. En el grabado que reproducimos y que la representa en este papel, su figura resulta sumamente simpática; además, vemos por él que la artista ha hecho muy pocas concesiones al gusto de su país. Más honda es, si cabe, la impresión que causa Kawakami, que desempeña el papel de

sombra del padre de Hámlet: este actor es un artista en extremo caprichoso, en quien aparece expresado de una manera rudimentaria lo primitivo de un arte cerrado á toda influencia extranjera. Así pudimos



La actriz Sada Yacco en el papel de Ofelia

apreciarlo en la escena del tribunal de *El mercader de Venecia*, obra de la que nos dió á conocer en Europa una versión japonesa, y en la que interpretaba el personaje del pescador que siente hacia su deudor un odio profundo que desde tiempo inmemorial alimenta su familia contra la del otro. Kawakami hizo gala de una grandiosidad de expresión y de un naturalismo elemental. En los movimientos convulsivos, casi incesantes, de su boca, en la agitación febril de su barba, en el temblor que sacudía todo su cuerpo, en el acento apagado de su voz, en la precipitación con que mostraba el documento que acreditaba la deuda, en su afonía, en todo había tal vigor, tanta fuerza de persuasión, que llegaba á sobrecoger el ánimo de los espectadores. Y la emoción de éstos llegaba á su colmo cuando el actor entre rugientes carcajadas media las seis pulgadas en cuadro en el

pecho del deudor, cuando con furor bestial se arrojaba sobre el infeliz, cuando abatido por la sentencia quedaba inmóvil y cuando caía desplomado después de haber roto con desaliento el papel y arrojado maquinalmente al suelo los fragmentos del mismo.

No es, por consiguiente, de extrañar que un actor dotado de tan excepcionales aptitudes pueda interpretar de una manera notable el papel que en la tragedia de Shakespeare ha escogido, aunque seguramente su interpretación será algo distinta de la que estamos acostumbrados á ver en los actores europeos. Lo que sí resulta en extremo chocante es el traje que viste Kawakami: ese uniforme de general á la moderna, con sus charreteras, su espadín al cinto y su condecoración en el pecho, no son los más propios del personaje de la tragedia shakespeareana, del legendario é infortunado rey de Dinamarca. Esta misma anomalía se observa, según puede verse en los grabados de esta página, en los vestidos de los actores que desempeñan los papeles de Hámlet y Polonio, siendo el contraste tanto más de notar cuanto que Sada Yacco y los que representan los de los cómicos que ante la corte ponen en escena la muerte del rey Gonzaga, visten de modo más ajustado á lo que es costumbre en nuestros teatros.

Los demás intérpretes son menos conocidos en Europa que Kawakami y su esposa. Fujilana, encargado del papel de Hámlet, ha logrado comprender bien el modo de ser del melancólico príncipe, y á juzgar por el retrato que reproducimos, la expresión de su rostro en uno de los momentos más interesantes de la obra, el del célebre monólogo, es muy acertada. En cambio Fukui no parece haber entendido

el verdadero carácter del viejo Polonio: la expresión casi de estupidez que en su cara se refleja, no es la que corresponde al padre de Ofelia.

La escena de los cómicos, tal como la reproduce la fotografía que publicamos, es un cuadro muy bien presentado: así el rey que duerme, como la hipócrita y criminal reina, como el amante de ésta que arranca la corona de la cabeza del monarca después de haber derramado en su oído el mortal licor envenenado, están perfectamente en situación y forman un grupo de gran efecto desde el punto de vista plástico.

La representación de *Hámlet* en la capital del Japón y el éxito que en aquel público ha tenido demuestran un gran progreso, no sólo en el arte dramático, sino además en la intelectualidad del pueblo japonés, que ha recibido con aplauso al inmortal poeta inglés que, á pesar de haber sido consagrado por la fama, no ha logrado todavía ser apreciado en toda su valía por más de un pueblo que se precia de culto.

Hasta ahora sabíamos que el Imperio del Mikado



El actor A. Fujilana en el papel de Hámlet

había conseguido asimilarse muchas de las instituciones que la civilización europea ha creado, y el espectáculo que en la actual guerra con Rusia nos dan la marina y el ejército japoneses, la admirable organización que en una y en otro se patentiza, el talento que en la concepción de sus planes revelan los generales y almirantes, y el método, acierto y perseverancia que presiden á la ejecución de los mismos, demuestran que no han sido desaprovechadas ni mucho menos las enseñanzas que los japoneses han ido á buscar fuera de su patria.

Si en otro orden de ideas realizan los mismos progresos que en materias militares han realizado, no



La escena de la representación teatral: Kojima (*reina Baptismo*), Tsusaka (*rey Gonzaga*), Yamamoto (*Ru'anas*.)

sería difícil que antes de poco recorriesen las principales capitales de Europa compañías dramáticas que nos asombraran por su admirable interpretación de las obras engendradas por los más grandes genios de las diversas literaturas europeas.

De una raza como esa todo puede esperarse; que si hoy posee ya caudillos de mar y tierra que tienen algo de Nelson y de Moltke, mañana podrá contar con actores que emulen las glorias de un Talma ó de un Rómea.—P.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PROPAGANDA HOMEOPÁTICA, por *Javier de Benavent de Camón*.—Se ha publicado la segunda edición del folleto que contiene los notables trabajos leídos por el señor Benavent en la Academia Médico-homeopática de Barcelona en mayo de 1896 y junio de 1897. Se titulan «Crítica de los sistemas de curación que más se practican en el presente siglo» y «El método Hahnemanniano. ¿Es racional?» y son dos estudios concienzudos en los que su autor explica con abundancia de datos y argumentos las ventajas de la homeopatía. Ha sido impreso en la tipografía de Inglaterra.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS EN BUENOS AIRES.—Se han publicado la memoria y las cuentas generales de esta benéfica asociación correspondientes al año 1903. En ellas se demuestra el estado floreciente de dicha sociedad, que contaba á fines de aquel año 11.198 socios adultos y 419 niños y con un capital de 573.199'73 pesos. El folleto ha sido impreso en Buenos Aires en la tipografía de «El Correo Español.»

FRASES Y REFRANES EN ACCIÓN.—Forman los tomos 3.º y 4.º de la Colección Cuesta, que publica en Madrid la casa Bailly-Baillière, y contienen cinco interesantes narraciones cada uno: las del primero, originales de Ciro Bayo, Mario Garnier, Juan de Granada, Arturo Cifuentes y R. Leza; y las del segundo, de J. María Sbarbi, J. Sánchez Girona, Simón Sánchez, Manuel J. García y Nicolás Rosstowf. El precio de cada tomo es de 1'50 pesetas.

GUÍA DIAMANTE. BARCELONA.—Se ha publicado la tercera edición de esta guía, editada por D. Francisco Puig, que contiene, en texto castellano y francés, una descripción metódica y completa de nuestra ciudad y sus alrededores y multitud de datos é informaciones de gran utilidad para los forasteros. Va ilustrada con varios grabados y un magnífico plano de Barcelona y sus inmediaciones, y se vende á tres pesetas.

EL DULCE ENEMIGO, por *Alejandro Larrubiera*.—El nombre del Sr. Larrubiera es de antiguo conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; no necesitamos, por consiguiente, decirles lo que vale como escritor en general y en particular como cuentista. El tomo que recientemente ha publicado contiene dos docenas de cuentos á cual mejor; todos son interesantes, todos están galanamente escritos y muchos encierran profundos pensamientos ó provechosas enseñanzas, y estas cualidades auguran al libro el mismo excelente éxito que han tenido cuantos ha dado á la estampa nuestro querido colaborador.



El actor Kawakami, en el papel de sombra del padre de Hámlet

El tomo, impreso en Madrid por los «Sucesores de Rivadeneyra,» se vende á tres pesetas.

OBSEQUIO DE LA CASA EXPORTADORA DE VINOS CORTINA Y C.ª, S. EN C.—Esta casa de Villafranca del Panadés ha publicado una colección de vistas de sus grandiosos almacenes acompañadas de algunas explicaciones que demuestran la importancia de los negocios que realiza.

EPÍSTOLAS Y SÁTIRAS, por *Luis Cánovas*.—Seis composiciones contiene este libro, y en todas ellas abundan los pensamientos nobles y levantados y resplandece el más imparcial criterio para fustigar algunas de las muchas cosas de este mundo dignas de censuras. Avaloran estas excelencias de fondo las bellezas de forma, pues *Epístolas y sátiras* están escritas en versos fáciles y armoniosos. Bajo ambos conceptos, por consiguiente, se leen con gusto estas producciones, que acreditan á su autor de poeta notabilísimo. El tomo, impreso en Alicante,

en la imprenta de Such, Serra y C.ª, se vende á 1'50 pesetas.

LOS UNIVERSITARIOS, por el *Dr. J. Esteban de Marchamalo*.—Se ha publicado la segunda edición de esta obra que, aunque escrita en forma de interesante novela, encierra un fondo de grandísima trascendencia desde el punto de vista de la educación universitaria. Editada en Barcelona por la casa Toledano, López y C.ª, se vende á tres pesetas.

LA GALVANOPLASTIA AL ALCANCE DE TODOS, por *P. Laurencin*, traducción de *D. Francisco Novellas*.—Explicanse en este tratado, en forma sencilla y perfectamente inteligible aun para los meros aficionados, los principios de la galvanoplastia, las operaciones preliminares y todos los procedimientos del dorado, plateado, níqueladura y fotografiado sobre cinc y cobre. La mejor recomendación de esta obra es decir que ha sido traducida de la quinta edición francesa. La traducción es muy esmerada. El tomo, ilustrado con 35 grabados, ha sido editado en Barcelona por los Sres. Ribó y Marín.

VIDA DE MELCHOR PACHECO Y OBES, por *Leopoldo Miguel Torterolo*.—Digna de encomio es la labor realizada por el autor de este libro, ya que al escribir la biografía del caudillo uruguayo no incurre en el defecto de aumentar los méritos del personaje, sugestionado por su gloriosa aureola. No desconoce sus relevantes condiciones, antes al contrario, da á conocer los grandes servicios que prestó á su país, mas ha sabido rehuir la lisonja. Forma un volumen de cien páginas, precedido de un bien escrito prólogo de Daniel Martínez Vigil, y ha sido impreso en los talleres de Barreiro y Ramos, de Montevideo.

VARIA, por *Adriano M. Aguiar*.—De amena y agradable lectura es el libro que conteniendo un acopio de cuentos, tradiciones y leyendas, ha publicado en Montevideo el distinguido escritor Sr. Aguiar bajo el título de *Varia*. La brillantez y casticidad del lenguaje y estilo contribuyen á la grata impresión que producen los cuadros descritos con vivos colores y con tal intensidad, que impresionan y subyugan el espíritu. El libro ha sido impreso en la tipografía de Constantino Becchi, de Montevideo, y se vende al precio de 30 centésimos cada ejemplar.

MEMORÁNDUM SOBRE LOS EMPRÉSTITOS DE HONDURAS.—Folleto en el que D. Angel Ugarte demuestra los esfuerzos hechos por el gobierno hondureño para llegar á un arreglo equitativo y posible de la antigua deuda de Honduras. Ha sido impreso en Tegucigalpa, en la Imprenta Nacional.

LA PRIMA BEL.—HISTORIA DE LOS TRECE, por *H. de Balsac*.—Forman parte estas dos preciosas novelas de la biblioteca económica que con tanto éxito publica el inteligente editor barcelonés D. Luis Tasso; su elogio es innecesario, pues el nombre del gran novelista francés constituye su mejor alabanza. La traducción castellana de ambas está concienzudamente hecha por D. Joaquín García Bravo. Véndese cada tomo á una peseta.

BOYRA Y SOL, por *Ramón Surinach Baell*.—Monólogo en el que con delicadeza y habilidad sumas expresa el autor los más variados sentimientos y los más marcados contrastes; encierra además un bellísimo pensamiento y está escrito con gran facilidad y en lenguaje muy apropiado á las diversas situaciones por que pasa el personaje. Estrenóse hace algunos meses con muy buen éxito en el teatro Circo Barcelonés.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Reumáticos y Gotosos!
Tratado de curaros con la Legítima **PISTOIA** PLANCHE

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA
el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.

En **PARIS** en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS en Paris
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B. St. Denis, 16

LES PLAQUES ET PAPIERS **JOUGLA**
SIEMPRE SON INMEJORABLES

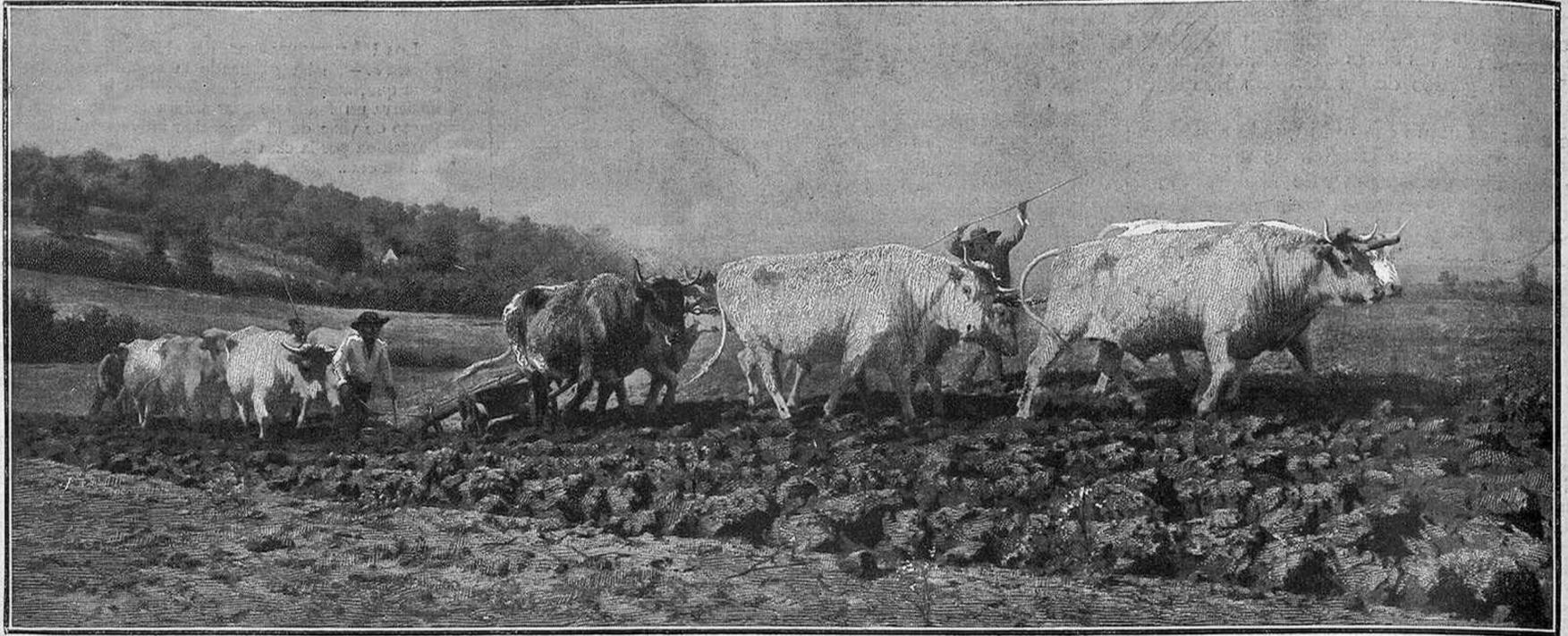
ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS **PATERSON**

con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplécese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Labores campestres, cuadro de Rosa Bonheur

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

**MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.**

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Siete Medallas de ORO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. París, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS DRES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{IA} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los S^{RES} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUIZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^{erg} St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN